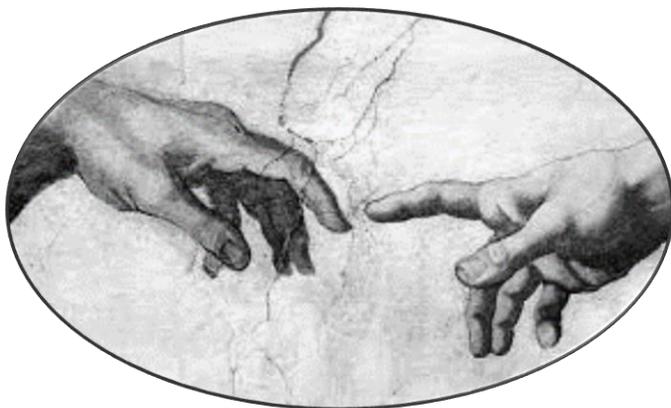


DIOS EL PADRE



OSVALDO REBOLLEDA

DIOS EL PADRE



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Solo revisión ortográfica y gramatical **IA-**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Soy el que Soy el Dios Padre.....	9
Capítulo dos:	
El misterio de Dios el Padre.....	23
Capítulo tres:	
El Padre Eterno.....	38
Capítulo cuatro:	
El Padre de Gloria.....	51
Capítulo cinco:	
El Padre de las luces.....	63
Capítulo seis:	
El Padre nuestro.....	73

Capítulo siete:

En los negocios del Padre.....87

Reconocimientos.....98

Sobre el autor.....100



INTRODUCCIÓN

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”.

Hebreos 11:6

Si algo nunca pretendería en este libro es intentar demostrar la existencia de Dios. No solo porque el esfuerzo de probar su existencia es inútil para la mente natural, sino porque tampoco es algo que Dios mismo jamás buscó realizar. La Biblia inicia declarando: ***“En el principio, creó Dios los cielos y la tierra”*** (Génesis 1:1). No comienza explicando el origen del protagonista de la historia.

El apóstol Pablo afirma que Dios recompensa a los que lo buscan, pero nadie sería capaz de hacerlo a menos que Dios mismo se revelara y motivara tal búsqueda. Aunque algunos podrían argumentar que las experiencias humanas, la ciencia, la lógica e incluso la historia nos proporcionan pruebas de la existencia divina, los refutadores de la fe no tienen otra esperanza más que la gracia soberana.

Los argumentos más sólidos y contundentes seguirán sin convencer a aquellos que no hayan sido regenerados, pues sin vida espiritual no hay posibilidad de recibir luz (**Juan 1:4**). Para los escépticos convencidos, nunca existen pruebas suficientes. La disposición y las intenciones de algunas

personas que están en oscuridad, tienen para todos ellos, más peso de influencia que cualquier evidencia bíblica.

En nuestro caso, el conocimiento perfecto está fuera de nuestro alcance, incluso como hijos de Dios. Nuestra parcialidad y prejuicios distorsionan nuestra percepción de la esencia y la magnitud divina. Siempre existirá una brecha entre lo que podemos saber y lo que creemos por fe. Esto no es un problema exclusivo de los incrédulos; porque nuestras limitaciones mentales, también nos generan paradigmas difíciles de romper.

Por esta razón, nos resulta más sencillo concebir a Jesús y conectarnos con Él. La verdad es que a pesar de que siempre mencionamos al Padre, nos cuesta mucho imaginarlo. Algunos quizás lo visualizan como un anciano con cabello largo y barba blanca, una imagen que proviene de nuestra comodidad al relacionarlo con Jesús. Si Él es la imagen del Dios invisible (**Colosenses 1:15**), creemos que el Padre debe ser similar, pero con las huellas que produce el tiempo.

Si meditamos en esto por unos momentos, notaremos lo absurdo de imaginar al Padre dentro de esa humana y limitada representación. Tal vez por esta razón considero que este libro es diferente y que ciertamente puede llegar a ser relevante. Existen miles de libros sobre Jesús y también sobre el Espíritu Santo, pero hay pocos dedicados al Dios Padre.

En mi caso, comencé a escribir este libro más impulsado por un ferviente deseo, que por el conocimiento que poseía. Sin embargo, escribir sobre el Padre me abrió un portal hacia riquezas inesperadas. Reflexionar constantemente sobre Él, me permitió darme cuenta de lo poco que había pensado en Su persona, más allá de Su existencia, Su soberanía o Su poder.

Creo que, inconscientemente, evitamos pensar en lo que nos incomoda, simplemente porque supera nuestra capacidad de imaginación. Esta es la esencia de la fe bíblica en relación con el Reino, confiamos en lo que solo conocemos en parte, lo cual nos lleva a actuar sin un respaldo racional, ya que lo espiritual siempre presentará un conocimiento incompleto.

Nuestra idea personal de la verdad puede ser una forma convincente de considerar cómo es realmente el Padre, al menos desde nuestra perspectiva. Sus intenciones de que le conozcamos y tengamos acceso a Él chocan con nuestras inevitables debilidades. No obstante, Él tomó la iniciativa en Cristo (**2 Corintios 4:6**).

Aceptar la existencia de Dios no es un salto ciego en la oscuridad; es un paso confiado hacia la luz, donde muchas cuestiones de la vida se aclaran. Sin embargo, en lo que respecta a la figura y personalidad del Padre, aún nos queda un velo que nos protege, porque seguimos habitando nuestra carne.

Digo que nos protege, porque sin la persona de Cristo, Su justicia y Su santidad, no podríamos acercarnos al Padre, mucho menos tener comunión plena con Él. Este libro no pretende romper esos límites de seguridad, pero sí ofrece una plataforma para reflexionar y conocer un poco más a nuestro Padre celestial.

Ruego a Él, en el nombre de Jesús, que puedan dedicar a estas páginas un tiempo de calidad y, sobre todo, un corazón dispuesto, sensible y fértil, para recibir verdaderas impresiones de nuestro Padre de Gloria.

“Tan compasivo es el Señor con los que le temen, como lo es un padre con sus hijos”.

Salmo 103:13



Capítulo uno

SOY EL QUE SOY EL DIOS PADRE

“Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: Yo Soy el que Soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: Yo Soy me envió a vosotros. Además dijo Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos”.

Éxodo 3:13 al 15

Lo primero que solemos pensar al hablar de Dios Padre es en la figura del temible Dios del Antiguo Testamento. Esto es comprensible, pues el Antiguo Testamento revela claramente la esencia divina. Sin embargo, no debemos abordar este tema con ligereza. Si realmente procuramos comprender Su naturaleza, no podemos desvincularlo de Jesucristo, en quien hallamos el equilibrio de la verdad.

Encontrarse con el Dios del Sinaí sin haber explorado previamente la historia del Edén sería un error. La creación del hombre y los beneficios otorgados en el principio expresan la maravillosa gracia de Dios. La prohibición de comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal no fue una trampa, sino algo absolutamente necesario para el propósito humano.

La inquebrantable santidad de Dios no había sido un problema antes del pecado. Cuando percibimos a Dios como temible y severo, es el resultado de nuestra visión limitada y pecaminosa. Si los seres humanos nunca hubiésemos pecado, jamás habríamos conocido a un Dios temible, pues solo resulta temible para una naturaleza caída.

Los juicios y la muerte que dominan el Antiguo Testamento son consecuencia del pecado, no de la santidad divina. Dios era Santo, es Santo y seguirá siendo Santo; las variaciones no están en Él, sino en nosotros. Por lo tanto, cuando percibimos a Dios como temible, lo hacemos desde una posición tristemente inferior. En el principio no fue así. Adán no tenía miedo de su desnudez ante Dios porque él también era santo; el miedo surgió solo después del pecado, es por eso que se escondió (**Génesis 3:10**).

Nos gustaría que la Biblia comenzara explicando quién es Dios, de dónde proviene y cómo realmente es, accediendo a ciertos detalles, pero como mencioné en la introducción, la Biblia comienza diciéndonos: *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra...”* (Génesis 1:1). No sabemos más, y

probablemente no lo necesitamos. Luego analizamos Sus acciones, pero lo hacemos desde una perspectiva marcada por el pecado. Debemos preguntarnos cómo sería nuestra percepción si el pecado no hubiera existido.

El juicio del diluvio universal nos estremece, y admiramos a Noé, pero esa admiración surge en parte por el temor a un Dios que castiga a los pecadores. En el fondo, nos identificamos más con los enjuiciados que con Noé. ¿Qué posibilidades habríamos tenido de ser más como Noé que como el resto de la humanidad en su tiempo? La verdad es que, sin la gracia de Cristo, ni siquiera habríamos estado a la altura de los animales que se salvaron.

Como cristianos, nos identificamos con Noé, Abraham, José y Moisés, pero sin la gracia que nos alcanzó en Cristo, habríamos sido como los demás pecadores que perecieron en el juicio. Curiosamente, muchos cristianos después de su conversión se identifican como judíos, cuando en realidad no lo son; de hecho, eso tampoco sería un verdadero beneficio.

Si pudiéramos elevarnos en Cristo, podríamos remontarnos al Edén y conocer al Padre en Su esencia, preparando el huerto con abundancia para los seres humanos. Nuestro problema es que lo vemos después de la caída, y eso nos infunde temor. Pero insisto: ese miedo surge de nuestra condición humana, no de la naturaleza divina.

En Génesis, vemos a Dios fundamentando Su diseño en Abraham y trabajando en su descendencia. Sin embargo, el primero que preguntó por Su nombre fue Moisés. Esto es curioso, ya que Abraham habló con Dios en varias ocasiones, pero le preguntó por la promesa de un hijo. Isaac inquirió sobre la tierra, Jacob por la bendición, y José sobre estrategias de gobierno, pero ninguno mostró un interés sincero en conocer quién era Dios realmente.

Incluso Abraham, quien habló y comió con Dios, y negoció la destrucción de Sodoma, no le hizo preguntas personales. Jacob, que luchó con el Ángel de Jehová, tampoco preguntó por Su identidad. Fue Moisés quien, al ver la zarza ardiente, se acercó para saber que era lo que ocurría, y al entender que era Dios, preguntó por Su nombre.

“En ti confiarán los que conocen tu nombre...”

Salmo 9:10

Este versículo nos revela que el nombre del Señor encierra misterios que activan la confianza. En las Escrituras, los nombres solían reflejar el carácter, la misión o la capacidad de una persona, especialmente cuando era Dios quien asignaba determinados nombres.

Dios cambió el nombre de Abram a Abraham para señalar que lo había hecho padre de muchas naciones (**Génesis 17:5**). Luego cambió el nombre de Sarai a Sara (**Génesis 17:15**), lo que también significa “princesa”, y en el siguiente versículo la llamó “madre de naciones”. A su hijo

lo llamó Isaac, porque Sara se había reído ante la idea de concebir siendo anciana, e Isaac significa “risa” (**Génesis 17:19**).

Dios también cambió el nombre de Jacob, que significaba “embustero” o “tramposo”, a Israel, que significa “príncipe de mi pueblo” (**Génesis 32:28**). Estos ejemplos nos muestran lo importantes que son los nombres para Dios. De hecho, cuando el Hijo de Dios vino al mundo, Su nombre no fue dejado al azar. El ángel dijo: *“Le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mateo 1:21).

El tema de los nombres es interesante, pero debemos notar una diferencia crucial entre Dios y nosotros: cuando nosotros ponemos un nombre a un hijo, no tenemos el poder para hacer que ese hijo esté a la altura de su nombre. Dios, en cambio, sí tiene la autoridad para lograr que alguien encarne el significado de su nombre.

Cuando Dios le respondió a Moisés desde la zarza, se nombró a Sí mismo. Esto nos asegura que Su nombre incluye tanto lo que Él es como lo que tiene intención de hacer. Dios no elige nombres para sonar amigable; los escoge para revelar aspectos de Su esencia y reforzar la fe de aquellos a quienes desea revelarse.

El nombre más común e importante de Dios en el Antiguo Testamento es uno que no tiene una traducción exacta. En hebreo, se escribe con cuatro letras que traducidas

para nosotros podrían ser: “YHWH”, las cuales se pronuncian como “Yahweh”. Los judíos llegaron a tratar este nombre con tanta reverencia que evitaban pronunciarlo, por temor a usar el nombre de Dios en vano.

Por esta razón, cuando encontraban este nombre en las Escrituras, lo leían como “Adonái”, que significa “mi Señor”. Hasta nuestros días, varias versiones bíblicas han seguido esta práctica, traduciendo el nombre propio “Yahweh” como “Señor”. Este cambio es comprensible, pero el término "Señor" se refiere a una persona que gobierna, no a un nombre propio. En cambio, “Yahweh” es el nombre personal de Dios en hebreo.

El nombre que Dios mismo estableció es de gran importancia. Lo encontramos en las Escrituras del Antiguo Testamento casi siete mil veces, lo cual es casi tres veces más que la palabra “Dios”. Esto nos muestra que para Él es más trascendente ser conocido no como una deidad genérica, sino como una Persona específica, con un nombre que refleja Su carácter y Su propósito.

En **Éxodo 3:13 al 15**, después de que Dios ordenara a Moisés ir a Egipto para liberar a Su pueblo, Moisés le preguntó: ***“Tal vez me digan: ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les responderé?”***. Y Dios le respondió: ***“Yo Soy El que Soy. Y añadió: Así dirás a los hijos de Israel: Yo Soy me ha enviado a vosotros. Dijo además Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: El Señor (¡esto es, Yahweh!), el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el***

Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, y con él se hará memoria de mí de generación en generación”.

Este pasaje subraya la intención clara de Dios respecto a Su nombre. **“Yahweh”** y **“Yo Soy”**, que provienen de la misma raíz hebrea, **“hayah”**. Por lo tanto, parece que ambos nombres se usan aquí de manera intercambiable, lo que sugiere que en esta ocasión, Dios no solo comisionó a Moisés para liberar a los hebreos, sino que también se reveló de manera personal, mostrando el significado profundo de Su nombre.

Esto es extraordinario porque los hebreos clamaban por Su intervención (**Éxodo 2:23**), pero nadie realmente lo conocía. Solo habían oído de Su obrar con Abraham, Isaac, Jacob y José, pero no habían experimentado una manifestación directa de Dios. Su aparición puede parecer lógica, pero no lo fue; recordemos que los hebreos llevaban más de cuatrocientos años en Egipto, sin experiencia directa de la presencia de Dios, solo historias de sus antepasados. Era como aquellos que hoy dicen creer en Dios pero no lo conocen realmente.

Aunque Dios guardó silencio durante ese tiempo, como ya estaba profetizado en **Génesis 15:13 y 14**, al llegar el momento se manifestó, mostrándonos que, aunque a veces percibimos a Dios como temible o intolerante por Sus juicios, en realidad siempre ha tenido las mejores intenciones para la humanidad. El problema ha sido siempre de los hombres,

pues incluso ante la revelación de Su santidad, muchos lo han despreciado.

La personalidad y el poder de Dios dependen únicamente de Él mismo y de ningún otro. El carácter absolutamente auto determinado de nuestro eterno Dios es la respuesta final a todas las preguntas que la gente suele hacerse, como si tuvieran derecho a explicaciones. Lamentablemente, es común que se juzgue a Dios y Su existencia a partir de las circunstancias presentes, pero Dios está mucho más allá de nuestra percepción limitada. Al final, todos tendrán que doblar sus rodillas ante el gran **“Yo Soy”**.

No deseo analizar todos los nombres utilizados por el Señor pero veamos algunos y sus significados, considerando también que según la fuente, pueden ser encontrados con algunas diferencias: “Elohim” Poderoso creador; “Adonaí” El Dios que gobierna; “Yhwh-Shalom” El Señor nuestra paz; “Yahweh Jireh” El Señor proveedor; “Yahweh Rohi” El Señor es mi Pastor; “Yhwh-Tsidkenu” Dios nuestra justicia; “Yhwh-Nissi” Dios nuestra bandera; “Yhwh-Rapha” El Señor nuestro sanador; “Yahweh Shammah” Dios siempre presente; “To-Wb” Dios es bueno; “Elohé Mirakov” Él es el Dios cercano; “Yahweh Mefalti” El Señor es nuestra fortaleza; “Lehem” Nuestro Alimento/pan; “Elohé Jasedi” El Dios de misericordia; “El Amuná” El Dios fiel; “El Hakabod” El Dios de gloria; “Ruah Hakmah Espíritu de sabiduría; “Ruah Ubinah” Espíritu de entendimiento; “Ruah Esah” Espíritu de consejo; “Ruah Ugeburah” Espíritu de poder; “Esh Ojla” Fuego consumidor; “El Roi” El Dios que

me ve; “Elohim Wayyisma” Dios escucha; “Abba, que significa: Padre.

Otra implicación importante de Su esencia es que Dios no cambia. En **Malaquías 3:6** (LBLA), Dios declara: ***“Yo, Yahweh, no cambio; por eso vosotros, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos”***. Si Dios no depende de ninguna fuerza externa, entonces no está sujeto a cambios, como lo estamos nosotros. Santiago confirma esto cuando dice: ***“Con Él no hay cambio ni sombra de variación”*** (Santiago 1:17). Dios es el mismo ayer, hoy y para siempre. Su nombre, único y absoluto, fue la base de la confianza de los hebreos y sigue siendo la nuestra hoy.

“¿Acaso no lo sabes? ¿Es que no lo has oído? El Dios eterno, el Señor, el creador de los confines de la tierra, no se fatiga ni se cansa. Su entendimiento es inescrutable”

Isaías 40:28 LBLA

Dios nuestro Padre es el creador de todo y la fuerza que sostiene Su creación. Él es el depósito inagotable de poder que mantiene el universo. Las Escrituras aclaran que no se fatiga ni se cansa. No necesita recargar energías, pues Él es la fuente misma de toda energía. Por eso, cuando se manifestó a Moisés, le aseguró todo lo que haría para liberar a Su pueblo y convertirlo en una gran nación.

La evidencia de lo que Dios dijo a Moisés se fue revelando poco a poco. Sin embargo, los mismos hebreos que clamaron por su liberación se quejaron cuando Moisés

comenzó a negociar con el faraón. Se quejaron por las plagas, por la persecución de los egipcios, por el desierto y por la provisión divina. No comprendieron el poder y la grandeza del Señor.

La irreverencia y la falta de reconocimiento de Dios trajeron juicios que lo mostraron como temible e inaccesible. Pero debemos observar la historia en su totalidad: todo comenzó con un Dios lleno de gracia, que le otorgó al ser humano un potencial inmerecido y una riqueza extraordinaria. Luego vino el desprecio humano, la rebelión y el pecado constante. En lugar de honrar a Dios, parecía que se esforzaban por ofenderlo.

A menudo, algunos presentan a Dios como un ser lleno de ira, pero la verdad es que, si los seres humanos hubieran vivido siempre sujetos a Su voluntad y honrándolo con obediencia, solo conoceríamos a un Dios lleno de amor y sin necesidad de juicio. Todo depende de cómo interpretemos sus acciones.

Nos resulta más fácil relacionarnos con Jesús, porque sabemos que Él nos comprende y sufrió en carne propia nuestras debilidades. Aunque no tenía una naturaleza pecaminosa, experimentó las limitaciones de la carne y las aflicciones del alma (**Isaías 53:3**).

En cambio, nos resulta difícil imaginar al Padre. Cómo expresé anteriormente, algunos se lo imaginan como un anciano de barba blanca, pero esa imagen es absurda. Cuando

observamos Su intervención en la historia, lo vemos como un Dios temible, al que los hebreos ni siquiera querían acercarse. Le pidieron a Moisés que intercediera por ellos, y cuando Moisés no bajaba del monte Sinaí, se hicieron un becerro de oro para reemplazarlo. En general, las personas le temían y nadie hacía esfuerzos por acercarse a Su presencia.

Nosotros vivimos un pacto glorioso que nos otorga todos los beneficios, pero necesitamos constantemente un mediador, no solo para hablar con el Padre, sino para que podamos habitarlo, obteniendo Su justicia y Su santidad. De hecho, no solo accedemos por Jesucristo, sino que Él mismo es el acceso del Padre a nosotros.

Así como Jesucristo somos nosotros ante el Padre, podemos decir que Jesucristo es el Padre ante nosotros. Él nos representa desde la unicidad de vida (**1 Corintios 6:17**), y Él es el Padre en Su expresión de vida (**Juan 14:10**). Este diseño glorioso nos tiene peligrosamente acostumbrados al trato con Dios a través de Jesús. Es como si nos olvidáramos de la esencia del Padre evidenciada por los hechos del Antiguo Testamento.

Por ejemplo, tenemos el juicio de Adán y Eva (**Génesis 3:14 al 24**). Dios desterró a la primera pareja del Jardín del Edén por haber violado Su claro mandato de no comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Este juicio afectó a toda la creación (**Génesis 3:17 y 18; Romanos 8:20 al 22**).

El juicio del mundo antediluviano (**Génesis 7:17 al 24**). Dios envió un diluvio mundial como juicio por el pecado de la humanidad en la época de Noé. El diluvio destruyó a toda la humanidad y al mundo animal, excepto a Noé y su familia, cuya fe les llevó a obedecer la orden que Dios les dio de construir el arca.

El juicio en la Torre de Babel (**Génesis 11:5 al 9**). Los descendientes de Noé, después del diluvio, en lugar de expandirse como les había ordenado el Señor, permanecieron en un lugar desobedeciendo el mandato, así que Dios los confundió dándoles diferentes idiomas, haciendo que se dispersaran por toda la tierra.

El juicio de Egipto y sus dioses (**Éxodo 7-12**). Las diez plagas contra Egipto en el momento del éxodo fueron poderosos actos de juicio contra un rey obstinado y cruel, y un pueblo idólatra y sus dioses (**Éxodo 12:12**).

El juicio por causa de los pecados en general (**Isaías 53:4 al 8**). Jesús tomó este juicio sobre sí mismo mediante Su crucifixión y muerte. *“A causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos”* (Hebreos 2:9). Ya que nuestro pecado fue juzgado en la cruz, *“ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”* (Romanos 8:1).

Fue también en la cruz donde Dios pronunció el juicio sobre el mundo incrédulo y sobre el enemigo de nuestras almas, Satanás. Como dijo Jesús poco antes de Su arresto,

“Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Juan 12:31). Desde entonces, es el mismo Señor Jesús quien es el Juez de toda la tierra: ***“Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo”*** (Juan 5:22).

No deberíamos relajarnos respecto de la gravedad que tienen los hechos de la humanidad en general, e incluso de todos los nuestros como Iglesia, porque nada quedará impune; todo será juzgado por el mismo Dios que se sostuvo implacable durante toda la historia.

Recordemos que todavía faltan los juicios del período final de la tribulación, llamado la Ira del Señor (**Apocalipsis 6:16 y 17**); el tribunal de Cristo, donde compareceremos para dar cuenta de nuestros hechos como hijos de Dios (**2 Corintios 5:10**); el juicio de las naciones, después de la tribulación (**Mateo 25:31 al 46**); el juicio a los ángeles, en el cual también participaremos (**1 Corintios 6:2 y 3**); y el Juicio del Gran Trono Blanco (**Apocalipsis 20:11 al 15**), que se producirá al final del Milenio, antes de la creación de una tierra y un cielo redimidos y limpios de todo mal.

La historia se va materializando cada día, pero ya está escrita en las oficinas centrales del Reino. Nada debería tomarnos por sorpresa, porque los detalles importantes ya están anunciados. Además, no deberíamos perder de vista que Dios es el mismo ayer, hoy y por los siglos de los siglos (**Hebreos 13:8**).

Pero la verdad es que pocas de las criaturas de Dios siguen el sendero de la sensatez. La inmensa mayoría de los seres humanos toma su propio camino con poco o ningún pensamiento de conformar sus vidas a la voluntad diaria y al carácter de un Dios absoluto. Y cuando piensan en Dios, lo imaginan arbitrariamente en imágenes elaboradas por sus propias mentes, para encajar en sus propios deseos. Pero Dios es quién es y no quien pretendemos que sea. Nosotros debemos conformarnos a Él y no Él a nuestras flaquezas.

El acceso al Padre en la persona de Jesucristo no debe quitarnos el temor hacia un Padre que ciertamente es misericordioso, pero a la vez es un implacable Juez, Santo y Glorioso, ante quien tiemblan los montes y se derriten los collados; en cuya presencia se levanta la tierra, el mundo y todos los que en él habitan (**Nahúm 1:5**).

*“Pero el Señor cuida de los que le temen,
de los que esperan en su gran amor”.*

Salmo 33:18



Capítulo dos

EL MISTERIO DE DIOS EL PADRE

“Le pido al Dios de nuestro Señor Jesucristo, es decir, al Padre maravilloso, que les dé su Espíritu, para que sean sabios y puedan entender cómo es Dios”.

Efesios 1:17 BLS

Como maestro de la Palabra, mi mayor pasión está relacionada con la búsqueda del entendimiento de los misterios del Reino. Si alguien me preguntara cuál es el mayor de todos los misterios, diría sin dudar que es Dios mismo.

La máxima gloria no reside en la creación, aunque nadie puede negar que es ciertamente maravillosa, sino que indudablemente está en Dios, quien es el creador de todo. Lamentablemente, nuestra capacidad de acceder al conocimiento de Dios está momentáneamente muy limitada. No obstante, ¿cómo no desear comprender un poco más de Su persona? Personalmente, puedo decir que Dios es el máximo objeto de mi amor, por lo tanto, conocer una pizca

más de Él lo vale todo. Todo lo que hago en mi servicio y en la vida tiene el mismo objetivo: conocer un poco más del misterio de Su presencia. Aun así, tengo claro que si Él deseara revelarse más claramente, lo haría, y debemos respetar eso. Por lo tanto, solo propongo observar atentamente lo que más podamos a través de las Escrituras.

El Padre es el Dios que se reveló en el Antiguo Testamento. Pero cuando vino Jesús, no vino a sustituir o reemplazar al Padre, sino a declarar al Padre. Existe una relación íntima entre el Jesús histórico del Nuevo Testamento y Dios Padre, el Dios del Antiguo Testamento. Al mismo tiempo, vemos al Espíritu Santo obrando de diferentes maneras desde el principio de la creación hasta llegar al Nuevo Pacto, donde se convierte en un protagonista absoluto de la vida de la Iglesia.

Superficialmente, podemos decir que conocemos a Dios como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Con esto, ya tenemos todo un desafío, porque esta esencia es conocida como el gran misterio de la Trinidad. Este concepto ha sido tratado por la teología durante siglos, utilizando innumerables ilustraciones diferentes. Sin embargo, es muy difícil de explicar, ya que la palabra misma ni siquiera aparece en la Biblia. De hecho, algunas corrientes teológicas la consideran una doctrina errónea.

“Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes...”

1 Pedro 3:15

Este concepto, con raíz etimológica en el término latino *“trinitas”*, se emplea para nombrar al trío de personas divinas que componen un mismo ser. La noción de la Trinidad constituye un dogma fundamental que sostiene que Dios existe en tres personas diferentes que expresan a un solo y único Dios. Por supuesto, nosotros, como seres humanos, somos limitados y finitos para comprender esto, pero a través de la gracia de la regeneración, nada impide que podamos creerlo.

La doctrina de la Trinidad es esencial respecto de la fe cristiana, porque no se pueden asumir las verdades de las Escrituras en Cristo negando la existencia de la Trinidad. Nosotros hemos recibido la gracia de la vida, que nos otorga acceso al Padre en la persona del Hijo, por medio del poder del Espíritu Santo. Este, en principio, es parte del glorioso diseño.

El hecho de que Dios sea uno solo expresado en tres personas no quiere decir que cada uno de ellos sea solo una parte del ser llamado Dios, sino más bien, que el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios. En **1 Pedro 1:2** dice: *“...Dios Padre”*, y en **Efesios 1:17** dice: *“Dios... el Padre de gloria”*. Estos versículos declaran que el Padre es Dios, mientras que **Hebreos 1:8** dice: *“Mas del Hijo dice... oh Dios”*, y en **Juan 1:1** se afirma que: *“el Verbo era Dios”*. Sin dudas, estos versículos revelan claramente que el Hijo es Dios.

Por su parte, en **Hechos 5:3 y 4** leemos la historia de Ananías y Safira, en la cual el apóstol Pedro, después de descubrir sus mentiras, le dijo a Ananías: “*¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que engañases al Espíritu Santo? No has mentado a los hombres, sino a Dios*”. Este versículo definitivamente deja en claro que el Espíritu Santo también es Dios. Obviamente, estas son cosas que los cristianos no dudamos, pero es justamente por estos pasajes que lo sabemos.

Por cierto, estos no son los únicos versículos que veremos; solo estoy sentando las bases para fundamentar la verdad de nuestro único y gran Dios. Las Escrituras nos revelan claramente que los tres son Dios; sin embargo, esto tampoco significa que sean tres dioses. En **1 Corintios 8:4** leemos: “*que no hay más que un Dios*”. Indudablemente, esto es un misterio, pero ¿quién puede dudar que es glorioso poder conocerle?

El evangelio de Juan dice que “*el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios*” (Juan 1:1). Al analizar que Jesús, siendo el Verbo, estaba con Dios, podríamos objetar que son dos seres diferentes; sin embargo, Juan concluye que el Verbo era Dios, lo cual también indica que el Verbo y Dios son uno solo y el mismo ser.

Por otra parte, vemos que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús cuando se estaba bautizando, al mismo tiempo que el Padre habló desde el cielo (**Mateo 3:16 y 17**). Jesús era el Cristo, es decir, el ungido (**Mateo 16:16**), a la vez que

Él mismo alentó a sus discípulos con la promesa de que el Espíritu Santo vendría sobre ellos (**Juan 14:16**), aclarando que sería Él mismo (**Juan 14:18**). ¡Qué maravilloso!

Además, Jesús le dijo a Felipe: ***“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”*** (Juan 14:6), como si dicha expresión dejara en claro la diferencia entre Él y el Padre, pero luego dijo: ***“Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto”*** (Juan 14:7). Obviamente, esto conmovió a Felipe, quien, utilizando la lógica, le dijo: ***“Señor, muéstranos el Padre, y nos basta”***.

Con el conocimiento de lo ya escrito, es fácil para nosotros cuestionar los comentarios de los discípulos, pero lo que dijo Felipe parece absolutamente sensato. Lo que no parece de la misma forma es la respuesta de Jesús, porque le dijo: ***“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras”*** (Juan 14:9-10).

Lo que dijo Jesús es aceptable para nosotros hoy, pero en esos días, y ante los conceptos judíos que tenían los discípulos respecto de Dios, esto era incomprensible y casi una locura. Decirle “Padre” a Dios, decir que verlo a Él era verlo a Dios; decir que Él era en el Padre y que el Padre era

en Él, al modo de ser uno, pudo ser considerado como una verdadera blasfemia.

No solo afirmó esta irrazonable unicidad, sino que también dijo que el Padre moraba en Él para hacer Sus obras. Reiteró una vez más que Él estaba en el Padre y que el Padre estaba en Él (**Juan 14:11**), pero al mismo tiempo, sin titubear, declaró: *“Yo voy al Padre”*. Esto fue impactante para Felipe y, ciertamente, lo es también para nosotros.

El apóstol Pablo escribió que *“el Señor es el Espíritu”* (2 Corintios 3:17), pero en el mismo versículo menciona al *“Espíritu del Señor”*, lo cual podría parecer que se refiere a dos, pero a la vez a uno solo. Esto nos lleva a concluir que nuestro Dios es un misterio complejo, más allá de nuestra capacidad de comprensión. Somos como niños con una calculadora, intentando resolver una ecuación atómica.

Si pensamos en el Padre como tal, la lógica humana nos llevaría a suponer que habría una madre, y que entre ambos habrían engendrado un Hijo. Sin embargo, el Hijo no fue creado; más bien, todo fue creado por medio de Él y para Él (**Colosenses 1:16**). Él es preexistente a todo, el Alfa y la Omega, el principio y el fin (**Apocalipsis 21:6**). ¿Cómo podemos entender algo así? La realidad es que algunas cosas nos han sido reveladas, mientras que otras permanecen ocultas. De hecho, un comentario como este podría resultar ofensivo para cualquier religioso.

En **Apocalipsis 1:4, 4:5 y 5:6** leemos sobre los “*siete Espíritus de Dios*”. Entonces, ¿son siete o es uno solo? Podemos entender esto viendo que los siete representan la plenitud de uno, y se refieren a ciertas características como menciona **Isaías 11:2**. Sin embargo, sigue siendo un misterio que no debería inquietarnos. La mayoría de las realidades espirituales son incomprensibles para la mente humana, y solo podemos tener una idea aproximada de ellas.

¿Quién puede explicar de manera razonable el arca de Noé, la apertura del mar Rojo, la caída de los muros de Jericó, la detención del sol en Gabaón, la fuerza de Sansón, el fuego descendiendo en el monte Carmelo, o el gran pez que tragó a Jonás? ¿Quién puede describir y justificar los milagros de Jesús de forma convincente? Nadie. La fe es un don de Dios, y somos privilegiados por haberla recibido. Ahora, solo debemos creer, pues esa es la única manera de acceder a la sabiduría espiritual.

La sabiduría intelectual es extraordinaria, pero muy limitada, o mejor dicho, nula, cuando se trata de entender las verdades espirituales. Por eso Pablo afirma que el evangelio es locura para los hombres naturales (**1 Corintios 2:14**), mientras que para nosotros es poder de Dios. Así, el estudio sistemático de la teología puede, en algunos casos, ser perjudicial para la vida del Espíritu en nosotros.

No digo que estudiar sea malo; por el contrario, soy maestro y jamás afirmaré tal cosa. No obstante, con toda vehemencia sostengo que estudiar sin la guía del Espíritu

Santo y sin priorizar nuestra comunión con Él puede resultar contraproducente. La mente humana, en su afán de analizar, comienza a tomar una posición de autoridad frente a las verdades eternas, y, poco a poco, pretende anular la obra del Espíritu Santo, quien es el encargado de otorgarnos la verdadera revelación.

Cuando comenzamos a actuar basándonos en razonamientos y no en revelación, dejamos de acceder a las dimensiones espirituales, y nos resulta complicado entender incluso lo más sencillo del evangelio. Nos volvemos incrédulos, cuestionamos todo y llegamos a dudar de lo que antes considerábamos cierto y seguro. Debo serles sincero: para vivir en el Reino y tener pensamientos que provengan de la mente de Cristo, es necesario estar, en cierto modo, naturalmente un poco locos.

Por eso, muchas personas a nuestro alrededor dejan de comprendernos. Nos cuestionan, evitan ciertos temas, y, en el peor de los casos, comienzan a rechazarnos. Esto puede doler, pero no debería ser así. Es lógico que ocurra. Lo mismo ha pasado durante siglos con todos aquellos que han vivido una vida de fe, quienes han servido a Dios o han sido sus mensajeros.

Todos fueron cuestionados, criticados, perseguidos, torturados y asesinados por intentar comunicar y vivir lo que veían respecto al Reino. Así fue a lo largo del Antiguo Pacto, y continúa hasta hoy. Recordemos que Juan el Bautista anunció el Reino y terminó con su cabeza en un plato, Jesús

fue crucificado, los apóstoles fueron asesinados, y la Iglesia ha sido perseguida en cada etapa en la que expuso la revelación, como ocurrió durante la gran Reforma.

Es indudable que cada vez que una persona con revelación manifiesta su mensaje, será perseguida o enfrentará la hostilidad de las tinieblas. Las personas naturales tienden a atacarnos porque no comprenden nuestro mensaje ni nuestras formas, lo cual es comprensible, pues les generamos temor. No se sienten cómodas con las cuestiones espirituales que no pueden controlar.

El asunto es que no solo enfrentamos la hostilidad de la gente natural, sino también de las mismas tinieblas. Y no me refiero a las dificultades cotidianas que algunos evangélicos atribuyen al diablo simplemente por haber asistido al culto. Me refiero a la verdadera hostilidad, aquella que surge cuando el enemigo reconoce que está frente a un verdadero embajador del Reino.

Con estos conceptos, también comprendemos por qué muchos cristianos religiosos, con poco entendimiento espiritual, muestran incomodidad ante pensamientos audaces. Se ponen meticulosos con la letra, pero no logran discernir las verdades eternas contenidas en el Espíritu de la Palabra divina.

¿Quién no se ha preguntado alguna vez qué es realmente la vida humana? ¿Cómo funciona la dinámica entre cuerpo, alma y espíritu? La verdad es que, sin fe, nadie

puede dar una explicación completa, o al menos ni siquiera una limitada. En definitiva, si no podemos comprender el misterio de la vida humana, ¿cómo vamos a pretender comprender plenamente a Dios?

Jamás me jactaría en un libro como este de haber comprendido los misterios de Dios. Solo deseo caminar en lo que ha sido revelado y atreverme, con libertad, a plantear algunas preguntas que puedan abrirnos a un mayor entendimiento de nuestro maravilloso Dios.

“Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él”.

Mateo 3:16

En esta descripción del momento en el cual Jesús se acercó al Jordán para ser bautizado por Juan, vemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo coexisten, es decir, que existen simultáneamente. En este cuadro maravilloso vemos al Hijo saliendo del agua luego de ser bautizado; al mismo tiempo en el que el Espíritu descendió sobre Él; y también al mismo tiempo, el Padre habló desde los cielos, reconociendo la autoridad del Hijo.

“Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con

vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros”.

Juan 14:16 al 18

En estos tres versículos, vemos al Hijo comprometiéndose a rogar al Padre para que envíe al Espíritu Santo. Jesús asegura que el Espíritu no solo estaría sobre ellos, como había hecho tantas veces en el Antiguo Testamento con reyes, profetas y sacerdotes, y como lo había hecho con ellos mismos al darles autoridad. A partir de la obra que Jesús consumaría en la cruz, el Espíritu podría morar definitivamente en todos los que serían limpiados por Su preciosa sangre.

Recordemos que en versículos anteriores, pero dentro del mismo diálogo, Jesús les había dicho a los discípulos que el diseño de la casa del Padre constaba de muchas moradas, y que Él iría a preparar lugar para ellos (**Juan 14:2**). No se refería a que tendríamos muchas casitas en el cielo, como algunos predicán, sino que la casa del Padre, no la nuestra, estaría constituida por muchas moradas, y esas moradas seríamos todos los renacidos, después de la consumación de Su obra.

Por eso Jesús dijo: *“Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, ustedes también estén”* (Juan 14:3). Esto lo dijo refiriéndose a lo que sería Su cuerpo, llamado Iglesia. Unos versículos después, les aseguró a sus discípulos que rogaría al Padre por la llegada del Espíritu

Santo, quien no solo podría posarse sobre los creyentes, sino morar en todos los renacidos.

“Todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios”

Hebreos 10:11 y 12

Este pasaje nos muestra a Jesús tomando un lugar de honor y autoridad a la diestra del Padre. La Biblia nos enseña que Jesús fue exaltado después de su resurrección y ascensión al cielo (**Hebreos 1:3**). Esta posición simboliza su autoridad suprema y Su reinado sobre toda la creación (**Efesios 1:20 al 23**). Como nuestro Señor, ejerce un poder incomparable desde este lugar de honor.

Ahora bien, lo vemos a la diestra del Padre, mientras que el Espíritu Santo mora en nosotros, que somos Su cuerpo representativo en la tierra. Este es un misterio glorioso, porque no solo podemos ver a los tres en unicidad, sino que nosotros mismos estamos unidos a ellos, ocupando un lugar de privilegio.

Somos Su cuerpo (**1 Corintios 12:27**), somos uno con Él en el Espíritu (**1 Corintios 6:17**), y estamos sentados en lugares celestiales en Él (**Efesios 1:3**). Somos como las ramas de la vid (**Juan 15:5**), Sus embajadores (**2 Corintios 5:20**), y canales de Su bendición para hablar (**Lucas 12:12**), sanar,

liberar (**Mateo 10:8**), e incluso hacer cosas mayores que las que hizo Jesús durante Su ministerio en la carne (**Juan 14:12**).

Esto es glorioso y no tiene una explicación racional; solo se puede entender por medio de la fe. Los diseños de Dios son preciosos, y si pudiéramos ampliar nuestra revelación al respecto, disfrutaríamos mucho más de nuestra vida cristiana.

Nosotros no decimos ser el cuerpo del Padre, ni el cuerpo de Jesús, sino que somos el cuerpo de Cristo. Podemos decir que moramos en Dios, al mismo tiempo que Él mora en nosotros. Podemos decir que Jesús está en nosotros, pero es el Espíritu Santo quien nos habita, mientras oramos al Padre en el nombre de Jesús. Nada de esto está mal, porque hablamos del único Dios verdadero. Aunque Dios es uno solo, se expresa en tres personas; por eso nos referimos a Él de diferentes maneras. Esto no está mal, pero debemos tratar de comprender Su dinámica desde la aceptación.

“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu”.

Efesios 3:14

El apóstol Pablo, en sus oraciones, nos da un ejemplo claro de cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo actúan en perfecta unidad. En **Efesios 3:14 al 16**, Pablo ora al Padre en el nombre de Jesucristo, pidiendo que el Espíritu Santo nos fortalezca en nuestro ser interior. En esta oración, se manifiestan las funciones de las tres personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y es crucial que, a medida que maduramos espiritualmente, entendamos mejor esta dinámica.

En los primeros pasos de nuestra fe, es común que nuestras expresiones reflejen cierta confusión, y está bien. Al principio, no comprendemos completamente la magnitud de la Trinidad ni su interrelación. Sin embargo, con el tiempo y el crecimiento en el conocimiento de la Palabra, debemos ajustar nuestras expresiones y comprender más profundamente quién es Dios y cómo obra en nuestras vidas.

He escuchado a muchos cristianos con años de experiencia orar de manera confusa, hablando al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, y en medio de la oración, reprenden a Satanás, volviendo luego a hablar con Dios. Estas mezclas de expresiones pueden reflejar inmadurez espiritual, y aunque son comunes en las primeras etapas, no deberían persistir a medida que avanzamos en nuestro conocimiento del Señor.

Es vital que aprendamos acerca de las funciones específicas de Dios y su naturaleza trinitaria. No creemos en tres dioses, sino en un solo Dios que se manifiesta como

Padre, Hijo y Espíritu Santo, coexistiendo y habitando el Uno en el Otro. Jesús explicó esto a Felipe en **Juan 14:10 y 11**, cuando dijo que Él estaba en el Padre y el Padre en Él. Ver al Hijo es ver al Padre, porque ambos son inseparables en esencia y misión.

La Palabra también nos enseña en **1 Corintios 15:45** que el Hijo, después de Su resurrección, fue hecho el Espíritu vivificante. Esto significa que, aunque distinguimos entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no los podemos separar. Son tres en uno, y esta unidad divina nos permite ser habitados por Dios mismo, quien nos santifica y nos habilita para expresar Su voluntad en la tierra.

Este entendimiento debería transformar nuestra forma de vivir. Muchos cristianos viven como simples congregantes, sin captar el profundo propósito para el cual Dios nos ha introducido por Su gracia. Dios nos ha llamado a ser más que participantes pasivos; somos Su expresión viva en la tierra, Su cuerpo, llamado a manifestar Su voluntad y Su Reino. Esta verdad es poderosa y digna de ser valorada y vivida plenamente.

“Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para el cual vivimos; y no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo, por quien todo existe y por medio del cual vivimos”.

1 Corintios 8:6

Capítulo tres

EL PADRE ETERNO

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado; y el principado estará sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz”.

Isaías 9:6

Como vimos en el capítulo anterior, Cristo no tuvo principio ni tendrá fin, siendo uno con el Padre y con el Espíritu Santo. Por eso, en la profecía que anuncia su encarnación, se le denomina “Padre eterno”. Así como Dios el Padre es eterno, también lo es Cristo. Isaías lo llama Padre porque, en un sentido especial, es el Padre de todo, ya que en Él fueron creadas todas las cosas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra, sean visibles e invisibles; sean tronos, dominios, poderes o autoridades; todo ha fue creado por medio de Él y para Él (**Colosenses 1:16**).

Pero, ¿qué es la eternidad según las definiciones intelectuales? Según el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), la eternidad es perpetuidad sin principio,

sin sucesión ni fin. El Diccionario de los Hispanos (DH) define la eternidad como el estado de existir fuera del tiempo. Personalmente, desarrollo este concepto en mi libro titulado “El misterio de la eternidad”, donde analizo esta cualidad que solemos asumir con facilidad, aun sin comprenderla plenamente.

Wikipedia explica que el concepto de eternidad proviene del latín “*aeternitas*”, palabra relacionada con la inmortalidad. Popularmente, el término se refiere, unas veces, a una duración infinita y sin límites; y otras, a una existencia sin tiempo o fuera de él. En otras palabras, al buscar una definición básica de la palabra eternidad, encontramos una aparente contradicción sin resolver.

En nuestras experiencias cotidianas, no nos ocurre lo mismo, ya que, en la mayoría de los casos, asociamos la eternidad con el tiempo. Por ejemplo, si esperamos mucho para ser atendidos en algún lugar, solemos decir: ¡Tardaron una eternidad en atendernos! Sin embargo, esto es una exageración absurda, no solo porque nadie podría tardar una eternidad en nada, sino también porque el tiempo no es la esencia absoluta y vital de la eternidad.

Algo vital es algo de suma importancia o trascendencia. Pero, ¿cómo podría el tiempo ser importante en la eternidad? La eternidad no se basa en el tiempo, ya que no tiene comienzo ni fin, y no se desarrolla en función de él. Yo defino la eternidad como una dimensión que no podemos comprender plenamente desde nuestra naturaleza terrenal;

solo puede ser entendida en su totalidad mediante una naturaleza espiritual.

Este es mi planteamiento sobre la eternidad. En mi búsqueda de comprensión, descubrí que siempre tendemos a asociarla con el tiempo, aunque su definición deja claro que trasciende cualquier expresión temporal. Entonces, ¿cómo es posible que vinculemos la eternidad con el tiempo, mientras que su esencia lo excluye? Pienso que el mayor obstáculo para entender este tema es nuestra mente finita y nuestra vida biológica. Por ello, tratamos de dar un sentido entendible a lo que nos supera, y la eternidad es una de esas cosas. Es así que intentamos simplificarla de manera excesiva, perdiendo así su verdadero significado.

El problema que surge con esta simplificación es que, al considerar a Dios como nuestro Padre Eterno, podríamos pensar que simplemente tiene una larga vida. Sin embargo, Dios no tiene una larga vida; Él es la vida (**Juan 14:6**). No es que haya vivido muchos años, sino que no tiene principio alguno, ni habita en el tiempo; más bien, el tiempo habita en Él. En otras palabras, la eternidad es la esencia de nuestro Dios, sin principio ni fin (**Apocalipsis 21:6**).

*“¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es
Jehová, el cual creó los confines de la tierra?
No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su
entendimiento no hay quien lo alcance.”*

Isaías 40:28

En las Escrituras, Dios es llamado en hebreo “El Olam”, que significa “el que vive por siempre”, “el perpetuo” o “el Dios Eterno”. Esto implica que Él existe *“antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo...”* (Salmo 90:2). Aunque podamos considerar que la tierra tiene millones de años, eso no tiene relevancia en relación con Dios, porque nuestro Padre trasciende todo eso.

Lógicamente, no dudamos de que Dios existía antes de toda Su creación; sin embargo, Él existía incluso antes de que el tiempo mismo existiera, y eso escapa a nuestra comprensión. Dios sostiene Su creación, la supervisa y la gobierna, pero también hace lo mismo con el tiempo, desde siempre y para siempre. Esta comprensión es clave para entender la eternidad. A veces, la gente piensa que el Dios Eterno está completamente distante o independiente de los acontecimientos o acciones que suceden en la vida, pero al entender Su eternidad, vemos cómo todos Sus atributos nos revelan Su esencia eterna.

El Padre es eterno, y el Hijo también es eterno. **Hebreos 1:12** dice del Hijo: *“Pero Tú eres el mismo, y Tus años no acabarán”*. En la misma carta, **Hebreos 7:3** afirma que *“Él no tiene principio de días ni fin de vida”*, lo que significa que es eterno. Algunos piensan que Cristo nació en los días del rey Herodes, pero en realidad, esos días marcan la encarnación de Cristo en un niño llamado Jesús. No obstante, el Cristo es preexistente y eterno.

En **Juan 17:5**, vemos a Jesús orando al Padre, haciendo referencia a la gloria que compartían antes de la fundación del mundo. Esto nos revela la eternidad que ambos han compartido desde siempre. Por otro lado, es lógico asumir que el Espíritu Santo también es eterno, y para aquellos que pudieran dudarlo, en **Hebreos 9:14** se le llama *“el Espíritu eterno”*. Por lo tanto, conforme a la Biblia, podemos afirmar sin lugar a dudas que los Tres son uno, y son eternos.

Nuevamente: Cuando Dios comisionó a Moisés para llevar un mensaje a los israelitas, Moisés se preguntaba qué responder si le preguntaban el nombre del Dios que lo enviaba. La respuesta de Dios fue profundamente reveladora: *“Y respondió Dios a Moisés: Yo soy el que Soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: Yo Soy me envió a vosotros”* (Éxodo 3:14). Esto revela la verdadera esencia de Dios: Su autoexistencia y la plenitud de Su ser. También describe Su eternidad e inmutabilidad, así como Su constancia y fidelidad para cumplir Sus promesas, abarcando todo el tiempo: pasado, presente y futuro.

El sentido no es solo *“Soy lo que Soy”* en el presente, sino también *“Soy lo que he Sido, Soy lo que Seré, y Seré lo que Soy”*. Las propias palabras de Dios acerca de Su eternidad nos hablan desde cada página de las Escrituras.

Jesucristo, Dios encarnado, también afirmó Su deidad y eternidad frente a la gente de Su tiempo al declarar: *“Antes que Abraham fuese, Yo Soy”* (Juan 8:58). Es claro que Jesús

estaba proclamando ser Dios encarnado, ya que los judíos, al escuchar esta declaración, intentaron apedrearlo. Para ellos, que un hombre afirmara ser el Dios Eterno era una blasfemia digna de muerte (**Levítico 24:16**). Jesús estaba afirmando Su eternidad, al igual que la del Padre.

La eternidad de Dios es una consecuencia de Su inmutabilidad. Consideremos que el tiempo es, en esencia, “cambio”, la medición del movimiento. El tiempo comenzó con la creación del universo cambiante. Dios no cambia; toda la creación, por ahora, cambia, pero Dios permanece inmutable porque Él es eterno. Esto también implica que Cristo nunca ha cambiado. El que cambió de niño a hombre fue Jesús, quien nació en Belén y murió en el monte Calvario.

No pretendo confundir a nadie separando a Cristo de Jesús, sino que hago referencia a Cristo, el Eterno, y a Jesús de Nazaret, quien en las Escrituras también es llamado Jesucristo. Él es Dios encarnado en la naturaleza humana, lo cual no significa que fuera un cuerpo humano con una mente divina, sino que tenía una mente humana con todas las limitaciones del pensamiento humano. En cuanto a Su naturaleza humana, no era omnisciente, pero en cuanto a Su naturaleza divina, sí era absolutamente omnisciente.

No podemos separar estos conceptos, pero sí debemos distinguirlos, porque de lo contrario, podemos generar malos entendidos. Jesús era verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Por esta razón, a menudo separamos lo inseparable

para comprender Su obra de amor y, al mismo tiempo, entender mejor nuestra esencia actual.

Me refiero a que, a partir de la regeneración, nosotros somos tanto hijos de Dios como hijos de nuestros padres. Nuestra naturaleza espiritual ha sido vivificada y, entrando en un proceso de madurez, busca captar la voluntad de Dios para manifestar Su gobierno sobre todo nuestro ser. De esta manera, podemos expresar a Cristo mientras nuestra vieja naturaleza es absorbida mediante la obra del Espíritu Santo.

Debido a nuestra inteligencia y lenguaje limitados, estamos obligados a hablar de pasado, presente y futuro. Por eso, las Escrituras nos presentan elementos que podemos entender, como: *“Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir”* (Apocalipsis 4:8) y *“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”* (Hebreos 13:8). Sin embargo, estrictamente hablando, en Dios no hay pasado ni futuro. Él es el Eterno Presente; el tiempo opera en nosotros, y por eso usamos esas expresiones.

Dios es Eterno porque no cambia, porque es Inmutable, no porque haya vivido o vivirá por mucho tiempo. Para Dios no existe una sucesión de tiempo ni una medición de duración. Para Él, sólo existe un “eterno presente”. Dios simplemente “es” y la eternidad es Su dimensión, no el tiempo por medio del cual se manifiesta.

¿Qué implicación tiene este concepto de que Dios vive en un eterno presente para nuestra vida espiritual y nuestro progreso en santidad? Una implicación clave es aprender a vivir el presente, como lo hace Dios. Si estamos anclados en el pasado, lamentándonos de lo que sucedió o de lo que dejamos de hacer, o pensando en lo que podría haber sido si hubiéramos actuado de otro modo, Dios no estará en esos pensamientos, porque Su nombre no es “Yo fui”, sino “Yo Soy...”.

Si vivimos preocupados por el futuro, pensando en lo que sucederá o podría venir, o haciendo planes innecesarios, Dios tampoco estará allí, porque Su nombre no es “Yo seré”, sino **“Yo Soy...”**. Pero si nos habituamos a vivir en el presente, o si se nos revela la trascendencia del presente, encontraremos al Dios Eterno que abarca todos los tiempos.

“Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”.

Salmo 90:2

Si Dios existe necesariamente, por ser la causa sin causa y el origen de todo lo que existe, entonces es imposible que Él no tenga todo bajo control. Esto es clave, porque ese Dios Eterno y Todopoderoso es nuestro Padre. Entonces, ¿no deberíamos caminar en la confianza de que nuestro Padre desea lo mejor para nosotros y que, a la vez, tiene todo bajo Su control?

Dios es Dios, y seguirá siendo Dios eternamente, con o sin nosotros. Él no nos debe ningún favor ni necesita de nosotros para existir y seguir siendo el Soberano del universo. Nuevamente aclaro, que el Padre no es un anciano de barba blanca que necesite nuestra adoración, sacrificios u ofrendas para sentirse satisfecho y feliz dentro de la Trinidad. Él ya está completo y en plenitud absoluta. Sin embargo, decidió crearnos como seres humanos y rescatarnos después de la caída para que podamos ser verdaderamente Sus hijos.

Dios no estaba obligado a salvar a pecadores que se rebelaron flagrantemente contra Él. No nos debía Su favor, y ni siquiera somos capaces de ganarlo. Todo lo contrario, merecemos juicio y castigo eterno. Jesús, como Dios manifestado en carne, es la gloriosa expresión de la misericordia y la gracia divina, no la expresión de un Dios que perdona por necesidad. Así, no somos hijos por derecho humano adquirido, sino por gracia soberana.

Muchos cristianos predicán de un Jesús que ruega a los hombres que abran sus corazones para que Él pueda entrar y cenar con ellos (**Apocalipsis 3:20**). Esa es una interpretación errónea. En ese pasaje, Jesús está hablando a la Iglesia de Laodicea, no a los pecadores. Él no necesita que nadie lo deje entrar en ningún lugar, y mucho menos que lo alimenten. Dios es Dios. La decisión sobre la salvación no recae en los hombres, sino en el Dios Soberano. Cristo murió por nosotros (**Romanos 5:8**), no porque lo necesitara, sino por el puro afecto de Su voluntad y Su incomparable amor. Esto debe llenarnos de seguridad y paz, sabiendo que tenemos un Padre

que nunca nos abandonará y que, conociendo nuestra deplorable condición, nos amó lo suficiente como para redimirnos.

Continuando con la búsqueda de comprender la eternidad, diría que hay al menos dos formas en las que podríamos considerar su expresión de vida. La primera es manifestándose a través de un tiempo infinito. En este caso, Dios tendría una duración temporal inmemorial y sin fin. La otra forma en que podríamos considerar la existencia de Dios sería de manera atemporal. De este modo, diríamos que Dios trasciende el tiempo, por lo cual carece de localización temporal o de extensión temporal. Simplemente existiría en un estado aparte de cualquier referencia temporal.

A decir verdad, en el análisis de todo esto, aparecen ciertas complejidades que no nos traen beneficios. Aun así, diría que es indiscutible que la Biblia describe interacciones divinas con los hombres dentro del marco temporal, incluyendo el conocimiento de hechos presentes, pasados y futuros.

Por otra parte, la Biblia también parece mencionar la existencia eterna de Dios en términos en los cuales la duración temporal es inexistente. Sin embargo, las expresiones escritas, para seres tan necesitados de simplezas como nosotros, pueden adecuarse a las limitaciones de nuestro idioma, para que podamos entender de manera básica y suficiente algunos misterios de Dios.

Entre teólogos eminentes existen considerables desacuerdos en cuanto a la relación entre Dios y el tiempo. Algunos argumentan que Dios trasciende el tiempo en todo el transcurso de su existencia. Tales pensadores frecuentemente dicen que, desde el punto de vista de la eternidad, todos los espacios temporales son reales y accesibles para Dios en relación causal. Es decir, Dios existe atemporalmente, pero puede actuar temporalmente.

Otros argumentos acerca de la atemporalidad de Dios se basan en la teoría especial de Einstein. Según esta teoría, no existe un tiempo único al que podamos denominar “ahora”. Cada espacio tiene su propio marco de tiempo y no existe una integración absoluta entre todos los tiempos y espacios. Pero la pregunta obvia en este contexto es: si Dios existe en el tiempo, ¿en qué tiempo se encuentra?

Por otro lado, están los que creen que Dios es atemporal, pero que existe temporalmente para relacionarse con Su creación. Sin embargo, creo que esta doctrina es inconsistente con la doctrina de la omnisciencia, porque Dios solo tendría acceso a lo que pudiera conocer en sus intervenciones temporales.

A simple vista, la eternidad divina puede parecer una cuestión simple, pero considerando que su expresión atraviesa la teología, la exégesis bíblica, la física teórica y la filosofía, diría que es mucho más compleja de lo que pudiéramos explicar en una conferencia o en un libro como este. Es más, diría que las limitaciones de nuestro idioma

hacen imposible explicar con claridad la eternidad de Dios. Pero la verdad es que creo de manera absoluta en la revelación, por lo cual apelo a que se nos revele la eternidad más allá de la razón que procura ordenarlo todo.

Estoy seguro de que la luz de Dios y la gracia maravillosa de Su Espíritu nos abrirán pequeños portales de revelación para comprender un poco más esta dimensión llamada eternidad. Sin embargo, mi foco en este libro no está en la eternidad, sino en la paternidad. Creí necesario desarrollar estos conceptos para magnificar lo que verdaderamente significa tener un Padre eterno.

Todos tuvimos un padre natural, y la experiencia con él ha sido diferente para cada uno de nosotros. Algunas de esas experiencias han sido buenas, otras muy buenas y algunas verdaderamente malas. No obstante, no debemos comparar la paternidad natural con la espiritual, excepto para comprender que nuestro Padre celestial lo sabe todo de nosotros, lo puede todo y nada lo limita para conocer aún lo más profundo de nuestro corazón.

Él no puede abandonarnos como ocurrió con el padre de muchos de nosotros, y como ocurrirá con aquellos que todavía disfrutaban de su padre. Sin embargo, nuestro Padre eterno no solo estará con nosotros todos los días, en todo tiempo y en todo lugar, sino que lo hará de manera eterna, confiable y segura. ¿Cómo no sentir paz y seguridad con un Padre tan extraordinario?

“Tú, oh Señor, en el principio pusiste los cimientos de la tierra, y el cielo es obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú permaneces para siempre. Se desgastarán como un vestido, los doblarás como un manto, y cambiarán como ropa que se muda; pero tú eres siempre el mismo, y tus años nunca se acabarán.”

Hebreos 1:10 al 12 NVI



Capítulo cuatro

EL PADRE DE GLORIA

“No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él”.

Efesios 1:16 y 17

Nuestro Dios es absolutamente glorioso, y no dudamos de ello, pero ciertamente definir qué es exactamente la gloria de Dios resulta muy difícil. Si buscamos la palabra en el diccionario, encontramos que significa: “La reputación, la fama y el honor extraordinario que resultan de las buenas acciones y grandes cualidades de una persona”.

Por supuesto, la gloria de Dios es diferente y mucho más elevada, pero aun así, podríamos considerarla como la belleza infinita y la grandeza de las múltiples perfecciones de Dios. Es el esplendor de Su personalidad manifestado a través de Su esencia.

Las Escrituras dicen que **“Los cielos cuentan la gloria de Dios”** (Salmo 19:1). ¿De qué manera los cielos nos cuentan Su gloria? Esto significa que la proclaman continuamente con su sola existencia. Esta es una de las declaraciones bíblicas más claras de que la naturaleza misma está destinada a mostrar la grandeza de Dios. Observemos que esta expresión está en tiempo presente. Es decir, los cielos están contando, y el firmamento está anunciando la obra creadora de Dios.

Hoy en día, la ciencia ha avanzado de manera exponencial, y cada vez más escuchamos a científicos reconocer que los billones de galaxias descubiertas, el número incalculable de estrellas observadas, los agujeros negros, las nebulosas y la misma Tierra, en todo su esplendor, han sido creados necesariamente por un ser superior, y no por una casualidad cósmica.

Uno de los argumentos más sólidos en favor de la existencia de Dios es el argumento teleológico o del diseño, que resalta el valor de las palabras del apóstol Pablo, quien escribió que las **“cosas invisibles de Dios... se hacen claramente visibles... siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”** (Romanos 1:20). Dios ha revelado lo suficiente de sí mismo en la naturaleza para que nadie tenga excusa para rechazarlo o para actuar incorrectamente.

La combinación de teorías científicas y los avances en la física han dejado claro que, en realidad, el universo tuvo

un principio. Al principio, esta idea fue rechazada por los científicos tradicionales, quienes la consideraban más teología que ciencia. Sin embargo, con el paso del tiempo, ha sido imposible negarlo. El hecho de que el universo tuvo un comienzo es algo que podemos vislumbrar simplemente observando el cielo y el firmamento, tal como dice el **Salmo 19:1**.

Como cristianos, necesitamos la regeneración, la obra del Espíritu y la Palabra para tener una correcta relación con Dios. No obstante, todos, como seres humanos, solo tendríamos que mirar honestamente la creación que nos rodea para darnos cuenta de que Dios existe. Sin embargo, sabemos que esto no ocurre, porque así como la creación revela la gloria de Dios, la ceguera humana revela la existencia de las tinieblas.

A través de la creación, nuestro Padre grita: ¡Soy glorioso! ¡Abran sus ojos para conocerme, porque mi gloria es aún mayor de lo que ustedes perciben naturalmente! Tristemente, no podemos hacerlo; por eso debemos valorar mucho más la gracia que ha derramado sobre algunos de nosotros, otorgándonos la vida y la Luz.

Notemos esto de la siguiente manera: Dios no tiene por qué mostrar nada a nadie, pero Él manifiesta Su mayor gracia al buscarnos y permitir que nos deleitemos en Su persona. No puede haber mayor deleite para un ser creado que contemplar o interactuar, de alguna manera, con su Creador. Así fue al principio, pero el pecado nos privó a todos los seres humanos

de disfrutar de Dios de manera directa. Por eso, la obra de Jesucristo es tan maravillosa: no solo porque nos salva, sino porque también nos permite acceder al Padre. Recordemos que Él mismo dijo:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto”.

Juan 14:6 y 7

Creo que la obra de Jesucristo fue suficiente, no solo para nuestra redención, sino también para la redención de toda la creación. Todo será alcanzado por el poder de Su resurrección, y esto nos dará eternamente cielos nuevos y tierra nueva, donde morará la justicia. Nosotros, que pertenecemos a Cristo a través de la fe, continuaremos también por la eternidad, compartiendo la esencia de nuestro Padre, a cuya imagen fuimos creados.

Aquí es donde entramos en otro misterio que debemos analizar y que se desprende de Su maravillosa obra: “nosotros mismos”. ¿Por qué digo que nosotros somos un misterio? Porque somos obra de Sus manos, y si Su creación manifiesta Su gloria, no debemos olvidar que nosotros también somos Su creación. Es decir, si la creación proclama la gloria de Dios (**Salmo 19:1**), es porque nosotros tenemos mucho que revelar.

“Por eso, todos nosotros, ya sin el velo que nos cubría la cara, somos como un espejo que refleja la gloria del

Señor, y vamos transformándonos en Su imagen misma, porque cada vez tenemos más de Su gloria, y esto por la acción del Señor, que es el Espíritu”.

2 Corintios 3:18, NVI

Nosotros, los hijos de Dios, en contraste con los judíos no convertidos, tenemos acceso a la revelación. Según explica Pablo, los judíos, hasta el día de hoy, tienen un velo sobre sus corazones (**2 Corintios 3:15**). En este pasaje, Pablo hacía referencia al velo que cubría el rostro de Moisés y al velo espiritual que sufre hoy el pueblo de Israel. Sin embargo, usa este ejemplo para aclararnos que en nosotros todo velo puede ser quitado por una conversión genuina. Y cuando eso ocurre, quedamos con el rostro descubierto ante la gloria de Dios.

Es entonces que, al igual que Moisés en el monte, podemos experimentar la gloria del Señor, recibir su reflejo, ser alumbrados no solo para entender las Escrituras, sino también para deleitarnos en Él y reflejarlo al mundo como verdaderos luminares (**Filipenses 2:15**). El acceso a nuestro Padre, a través de la obra redentora de Jesucristo, nos permite recibir libertad.

Todo velo nos es quitado en la conversión; es entonces cuando el evangelio nos refleja la gloria de Cristo (**2 Corintios 4:4**), transformándonos a Su semejanza, es decir, a la imagen de Su gloria, que ahora es dada espiritualmente a la Iglesia, compuesta por todos los hijos de Dios renacidos en Cristo (**Romanos 8:29**).

Así como el rostro de Moisés reflejaba un destello de la gloria de Dios por estar en Su presencia, nosotros también somos transformados a la imagen de Cristo al acceder a Su presencia. Esta enseñanza de Pablo no hace referencia a nuestra participación en las reuniones dominicales ni a lo que comúnmente llamamos oración, sino a la íntima comunión que podemos tener con el Señor.

Sinceramente, debo decir que hay muchos hermanos que se congregan y otros que suelen pasar un tiempo de oración cada mañana, lo cual es muy bueno y necesario. Sin embargo, no hay muchos hermanos que realmente disfruten de una profunda comunión con el Espíritu Santo. Lo que planteo se refiere a una dinámica de vida, no a la participación en ciertas liturgias ni a la ejecución de conductas específicas.

Es algo difícil de explicar para mí, porque el entendimiento pleno de la gracia excede en gran medida a las palabras. Esta verdad es como el amor: se han escrito millones de libros sobre el amor, pero quien no ha amado de manera intensa y profunda no puede comprender su significado. No importa cuánto se lo expliquen; hay cosas que deben experimentarse personalmente.

La presencia de Dios, que atraviesa las fibras más íntimas de nuestro ser, no puede explicarse con facilidad. La comunión profunda con el Espíritu Santo, desde los diálogos más simples de nuestro corazón, desde la transparencia absoluta, desde la vergonzosa honestidad y la desnudez del

alma, es difícil, o tal vez imposible, de describir. El acceso a Su gloria es un verdadero misterio.

No es uno de esos misterios que requieren traducciones del hebreo, griego o arameo. Es un misterio tan simple que el mayor impedimento para alcanzarlo suele ser precisamente el conocimiento teológico. Es decir, cuando nos convertimos y la presencia del Señor nos tocó por primera vez, no entendíamos nada, pero después de algunos años como cristianos, parece que no podemos acceder a Él.

Nos enseñan a hacer tantas cosas para “tocar” Su presencia, que perdemos de vista la simplicidad de la gracia que nos otorga esa posibilidad. Entonces, comenzamos a realizar acciones: estudiamos la Biblia, oramos como nos enseñan, ayunamos, tratamos de servir en alguna área de la congregación, luchamos por santificarnos y por “merecer”. Al final, perdemos de vista la gracia de recibir en Cristo.

Cuando tenemos un padre, nadie nos dice que debemos hacer un curso intensivo para entender lo que significa ser hijos. No nos enseñan a merecer ser hijos. Simplemente lo somos, e incluso reclamamos más de lo que merecemos. Pero con el Señor, curiosamente, no lo vemos así. Llegamos a pensar que hay métodos para obtener la unción, métodos para acceder a Su presencia.

En muchos casos, somos víctimas de los protocolos que nos enseñan. Por eso, mi consejo es volver a la sencillez: derramar nuestro corazón con simplicidad y buscar los brazos

amorosos de nuestro Padre. Debemos abandonar las oscuras habitaciones de la religión y permanecer desnudos de toda excusa y de todo intento de justificación. Solo entonces seremos revestidos de Su gloria.

El gran problema de Adán, tras comer del fruto prohibido, fue intentar cubrir su desnudez y tratar de autojustificar su condición. Si en lugar de esconderse, taparse o culpar a otros, se hubiera presentado desnudo, arrepentido y sin excusas, habría descubierto la gracia del mismo Padre que lo creó para revestirlo de Su gloria y amor.

Cuando el hijo pródigo regresó a la casa de su padre, lo hizo sin falsas presunciones, sin excusas, sin intentar minimizar su incapacidad y su pecado. Fue entonces cuando vio a su padre corriendo hacia él para abrazarlo. Fue entonces cuando recibió un vestido nuevo, sandalias nuevas, un anillo y un becerro para celebrar. Él no merecía nada de eso, había hecho todo mal, pero era hijo. Incluso pretendió regresar como jornalero, pero su padre no lo permitió, porque la condición de hijo no se merece, no se gana, ni se finge: simplemente se tiene.

Seguramente, el hijo pródigo se vio sorprendido y superado por la gracia y el amor del padre, pero ¿cómo explicar eso? ¿Con qué palabras se puede describir el amor del padre? ¡Qué bueno que antes de regresar no intentó estudiar al padre, ni hacer un curso sobre cómo acercarse a su corazón! ¡Qué bueno que no encontró algún manual para

hijos rebeldes! Simplemente volvió arrepentido, reconociendo su error.

No creo que necesitemos de la teología para recibir el destello de la gloria del Padre. Al contrario, creo que debemos desechar los métodos y despojarnos de todo argumento. Debemos ser profundamente simples en el reconocimiento de nuestra necesidad. Debemos entregarnos en las dulces manos del Padre y ya... Tal vez así, podamos recuperar lo que nunca debimos perder.

La Iglesia debe ser el canal para la manifestación de Dios en la tierra, aún más que la propia creación, porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa de quien la sujetó en esperanza (**Romanos 8:20**). Pero nosotros hemos sido liberados de toda esclavitud. Por eso Pablo dice que el anhelo ardiente de la creación es aguardar la manifestación de los hijos de Dios (**Romanos 8:19**). Es decir, la creación misma será liberada de la esclavitud de corrupción para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios, y no al revés (**Romanos 8:21**).

La gran pregunta sería: ¿la Iglesia actual parece más gloriosa que la naturaleza del planeta? La mayoría responderíamos que no, porque sin duda el monte Everest o las cataratas del Iguazú son más imponentes. Incluso las aves coloridas o las majestuosas criaturas marinas parecen más impresionantes. Pero si pudiéramos ver espiritualmente, nos daríamos cuenta de que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, y eso es glorioso.

Que no manifestemos esa gloria con mayor esplendor no significa que no poseamos tal privilegio. Que naturalmente parezcamos pequeños grupos de personas que se reúnen a cantar en diferentes salones no significa que no seamos portadores de la presencia de Dios en la tierra. Es una pena que nosotros mismos no seamos absolutamente conscientes de semejante gracia, porque si un mundo en tinieblas no puede vernos, tiene lógica. Pero que nosotros no nos veamos como Dios nos ve, es un síntoma preocupante.

La gloria que se manifestó en el rostro de Moisés simplemente resplandecía. Es decir, la gloria se manifiesta en luz. La Iglesia es la luz del mundo (**Mateo 5:14**); deberíamos resplandecer como verdaderos luminares, tal como dijo Pablo (**Filipenses 2:15**). No sé si estamos escondidos debajo de la mesa, dentro de un jarrón (**Lucas 11:33**), o limitados a las cuatro paredes de nuestros salones de reunión, pero sé una cosa: debemos quitar los velos para que el mundo pueda ver la gloria de nuestro Padre.

Por último, si al mirar espiritualmente notamos que esa luz no brilla en muchos cristianos, deberíamos encargarnos de despertarlos. El apóstol Pablo dijo: *“Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo. Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos”* (Efesios 5:14 al 16).

Muchos deben despertar hoy en día, comenzando por algunos líderes que duermen en los encantos de sus intereses

personales, en la tranquilidad de lo que creen tener, en mensajes caducos y viejas doctrinas, o anclados en sus formas, cuando Dios está reclamando reformas.

También deben despertar muchos hermanos, especialmente aquellos que duermen en sus problemas personales y domésticos, en los afanes de sus trabajos o bajo el encanto de las finanzas. Aquellos que son seducidos por las coloridas luces del sistema, o que están afligidos por la falta de oportunidades. Incluso deben despertar los hermanos que han caído como víctimas de un sistema de liturgias e innumerables actividades que, aunque parecen espirituales, en realidad no lo son.

La Iglesia debe volverse al Padre de gloria; todos y cada uno de nosotros debemos hacerlo. No me refiero a orar, congregarnos o leer la Biblia, sino a volvernos a Él, a Su Persona. Cuando Moisés estuvo en el monte, la Biblia no menciona que haya implementado algún ritual. Es verdad que ayunó para despojarse de sí mismo, pero nada más. No se presentó ante Dios con una lista de pedidos, sino con un corazón sincero, deseando Su presencia y, si era posible, suplicó ver Su gloria.

Si dejamos de ver a nuestro Padre como el Papá que debe complacer todos nuestros deseos, entonces veremos Su grandeza y nos deleitaremos en Él, en lugar de padecer las frustraciones por lo que no tenemos. Así, nuestro ser se llenará de luz, y el mundo verá, tal como los hebreos vieron el rostro de Moisés, que hemos estado con el Padre de gloria.

***“Tuyos son, Señor,
la grandeza y el poder,
la gloria, la victoria y la majestad.
Tuyo es todo cuanto hay
en el cielo y en la tierra.
Tuyo también es el reino,
y tú estás por encima de todo”.***
1 Crónicas 29:11



Capítulo cinco

EL PADRE DE LAS LUCES

“Amados hermanos míos, no erréis.

Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.

Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas”.

Santiago 1:16 al 18

Santiago insiste en la inmutabilidad de Dios, por eso lo presenta como el Creador de las luces del cielo (**Job 38:28; Génesis 4:20 y 21; Hebreos 12:9**). Esto concuerda con la referencia a los cambios en la luz de los cuerpos celestiales, mencionados al final del versículo. Las dos palabras, “mudanza” y “variación”, expresan los cambios en los cuerpos celestes, como la duración del día y la noche, el recorrido del Sol, las fases de la Luna o las diferencias en el brillo de las estrellas.

La variabilidad es una característica de todas las cosas creadas. Sin embargo, Dios, como Creador de las lumbreras celestes, no tiene “sombra de variación”. Una de las oraciones judías repetidas por la mañana dice: *“Bendito sea el Señor Dios, que ha hecho las lumbreras. Estas cambian, pero el que las ha hecho no”*. Esta inmutabilidad nos asegura la paz de contar con un Dios estable, que no despierta con emociones alteradas como nosotros.

Santiago también plantea que el propósito de Dios es la manifestación de Su gracia, que la Palabra de verdad es el evangelio del Reino, y que el propósito de Dios al enviar esa verdad es otorgarnos nueva vida. Esa nueva vida tiene Su esencia; por eso la Palabra dice que somos hijos de la Luz (**1 Tesalonicenses 5:5**) y que somos la luz del mundo (**Mateo 5:14**). Somos hijos de Dios, no poseemos su inmutabilidad, pero tenemos Su luz, la misma que transmitió a los cuerpos celestes y que en nosotros opera desde el plano espiritual.

Como hijos de Dios, debemos tener en cuenta dos cosas: que Él no cambia en absoluto y que nosotros cambiamos continuamente. Su estabilidad debe prevalecer sobre nuestra inestabilidad. Él es el Padre estable, mientras que nosotros destellamos como las estrellas: a veces brillamos intensamente, y en otras ocasiones parecemos apagados. Es entonces cuando debemos recurrir a quien nos sostiene, de la misma forma en que sostiene a las estrellas: al Padre de las luces.

El apóstol Pablo, cuando debatía con algunos filósofos griegos en el Areópago de Atenas, trató de explicarles la esencia divina y el error de sus muchos dioses. Les citó a sus propios poetas, diciendo: ***“como algunos de vuestros propios poetas han dicho: Porque linaje suyo somos”*** (Hechos 17:28). Lo que Pablo intentaba explicar era que, en el sentido de que Dios es el Creador de todas las personas, podemos decir que es el Padre de todos los seres humanos.

Esto no implica, como algunos teólogos han pretendido, que todos los seres humanos puedan mirar a Dios y hablar con Él como un Padre amoroso, incluso aquellos que no han creído en Cristo. Esto no se encuentra en ninguna parte de las Escrituras. La potestad de ser llamados hijos de Dios y la recuperación de los privilegios son exclusivos de quienes hemos recibido la gracia soberana de la regeneración (**Juan 1:12**). Por eso Santiago dice que, según Su voluntad, nos hizo nacer por la Palabra de verdad, la cual es Cristo, la simiente divina.

Este es un privilegio glorioso y debemos cuidarlo. Nuestros padres terrenales nos otorgaron una genética humana, que ciertamente es extraordinaria. Sin embargo, está cargada de imperfecciones. Físicamente, tenemos un cuerpo de muerte, con fecha de caducidad, que además es el resultado de una serie de características que se han ido formando con el paso de los siglos. Por ello, somos tan diferentes entre nosotros, al tiempo que tenemos gran similitud con nuestros padres, abuelos, tatarabuelos y parientes en general.

El ADN físico nos otorga ventajas o desventajas, características buenas o malas; no podemos elegir eso, simplemente lo heredamos. De manera similar, también recibimos una herencia en el alma, conservando ciertos patrones de carácter, personalidad, gustos, emociones, sentimientos, pasiones, talentos, e incluso complejos, temores y debilidades de carácter.

Lo que inevitablemente es parte del paquete humano es la iniquidad, la rebelión y el pecado. Todos nacemos con esa inclinación natural hacia el mal. Por todo esto, podemos decir que nacimos por primera vez marcados por las tinieblas, la inestabilidad emocional y el vaivén entre lo malo o lo bueno que hayamos heredado de nuestros padres.

Cuando recibimos la vida del Señor, nuestro espíritu humano es vivificado; la simiente divina, cuando entra en nuestro corazón, produce vida, y la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**). Nacemos por segunda vez, y no de simiente corruptible, sino incorruptible, no nacemos de carne o sangre, sino de Dios (**1 Pedro 1:23, Juan 1:13**).

Esta nueva vida recibida en Cristo nos trae la esencia de nuestro Padre celestial. A partir de ese momento tenemos vida espiritual, y comenzamos un proceso hacia la madurez y la consolidación de esa vida. El problema que enfrentamos es que todavía operamos en dos naturalezas: por un lado, seguimos siendo hijos de nuestros padres terrenales, con todas las debilidades e imperfecciones físicas y del alma; y

por otro, somos hijos de Dios, espiritualmente perfectos en Él.

Nuestros procesos de madurez generan una disminución de nuestro yo, mientras que cada día una porción mayor de Cristo es formada en nosotros. El evangelio del Nuevo Pacto es morir para vivir, menguar para que Él crezca, perder para ganar, dejar de ser para poder ser en Cristo. Es entonces cuando podemos pasar de la inestabilidad a la estabilidad, de lo malo a lo bueno, de lo débil a lo fuerte, de lo incapaz a lo capaz.

Manifestarnos como la luz del mundo implica expresar la esencia del Padre de las luces, no la heredada de nuestros padres terrenales. Si en verdad deseamos alumbrar, debemos dirigirnos hacia la luz verdadera, no hacia las sombras de nuestra vieja naturaleza. Es por eso que el Padre nos llama con la Palabra de verdad, que es lámpara para nuestros pies y lumbrera para nuestro caminar (**Salmo 119:105**).

El rey Salomón nos enseña un principio muy fuerte al respecto. Nos dice que el camino de los justos es como la luz de un nuevo día, que va en aumento hasta brillar en todo su esplendor, mientras que el camino de los malvados es oscuro y ni saben contra qué tropiezan (**Proverbios 4:18 y 19**). Nosotros debemos tomar una determinación: caminamos cada día un paso más hacia la luz o damos un paso más hacia las sombras de la vieja vida.

Cada vez que una Palabra dada por el Padre nos alimente de verdad, producirá iluminación; cada vez que los afanes o las aflicciones de la vida penetren nuestro corazón, nos traerán oscuridad. Todos sabemos que el mundo entero está bajo el maligno, y si algo él desea, es transmitirnos pensamientos oscuros de incapacidad, impotencia, fracaso, temor y muerte.

Por su parte, nuestro Padre nos habla de capacidades, poder, triunfo, seguridad y vida. Cada vez que pasemos tiempo a los pies del Padre de las luces, nuestro entendimiento será alumbrado. Es verdad que las variaciones nos acechan, como las luces reflejadas por las estrellas: en ocasiones pareceremos resplandecientes, y en otros momentos pareceremos tristemente tenues. Sin embargo, no debemos alimentarnos de las sombras, sino de la luz del Padre.

“Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”.

Juan 8:12

Hace ya muchos años, cuando yo era un joven adolescente, estaba muy de moda tener la piel bronceada por el sol. Por supuesto, los rayos del sol no eran tan peligrosos como hoy en día. Nadie utilizaba protectores solares, más bien todo lo contrario: nos aplicábamos potentes bronceadores, aceites especiales, o cremas combinadas con otros elementos para facilitar el bronceado. Si hoy en día

alguien se pusiera algo así, seguramente sufriría graves quemaduras.

Yo nací y crecí en la ciudad de Necochea, una localidad balnearia al sur de la provincia de Buenos Aires, en Argentina. Esa zona turística siempre fue considerada como la mejor playa del país. Por lo tanto, me crié en el lugar ideal para disfrutar del mar y recostarme en las suaves arenas a tomar sol. De hecho, solíamos pasar todo el día en la playa, permaneciendo durante largos períodos bajo el sol.

Al caer la tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte, disfrutábamos del atardecer y de la serenidad del mar. Luego regresábamos a casa, nos duchábamos, nos cambiábamos y salíamos con los amigos. Nuestra piel parecía obra de un artista. Personalmente, no me costaba broncearme, así que obtenía un color que en esos años me gustaba mucho. Era como una prueba visible de que habíamos estado disfrutando de la playa, expuestos al sol.

No necesitábamos decir que habíamos estado bajo el sol, simplemente se notaba. Algo similar es lo que debemos evidenciar espiritualmente quienes hemos estado en la presencia divina. No me refiero a un rostro resplandeciente como el de Moisés, sino a esa luz espiritual que emite la unción, la cual no se percibe con los ojos naturales, pero que, sin embargo, se nota.

El problema de muchos cristianos hoy en día es que no tienen tiempo para exponerse a la presencia del Señor.

Recuerdo que, años después de mi adolescencia, aparecieron unas camas solares que permitían broncearse sin necesidad de estar al sol. Uno se acostaba sobre una cama de vidrio, que luego se cerraba como una tapa, similar a un ataúd de luces. Después de unos minutos, la piel parecía haber estado expuesta al sol, pero la verdad es que no era el sol el que generaba el bronceado, sino unas lámparas artificiales.

El resultado de las camas solares era rápido y cumplía una función parecida a la del sol, pero no era lo mismo. Más tarde, surgieron aerosoles y cremas que la gente se aplicaba en la piel, dándoles un color bronceado, pero este se desvanecía al contacto con el agua.

Algo similar también ocurre con algunos cristianos hoy en día: van al culto como si fuera una cama solar, desean salir resplandecientes por la presencia de Dios, pero no están dispuestos a invertir tiempo personal en la intimidad con Él. Quieren recibir la unción, pero no están dispuestos a dedicar el tiempo necesario para obtenerla. Otros ni siquiera asisten a los cultos; simplemente pretenden reflejar el resplandor divino alimentándose de la luz de otros hermanos.

Jesús dijo a unos judíos religiosos que lo perseguían, procurando hacerle mal, que Juan el Bautista había sido como una antorcha que ardía y alumbraba, y que ellos habían querido regocijarse por un tiempo en su luz (**Juan 5:35**). Sin embargo, también les dijo: *“Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que las llevara a cabo, esas mismas obras que yo hago,*

dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado” (Juan 5:36).

Los religiosos eran muy hipócritas: se regocijaron en la luz de Juan, pero no se bautizaron; se deleitaban viendo los milagros de Jesús, pero no lo reconocían como la Luz verdadera. Eran hombres vacíos que destilaban falsedad porque carecían de luz propia. Jesús los llamó ciegos y guías de ciegos. Eran hombres atraídos por la luz ajena, pero ellos mismos estaban en plena oscuridad. Por eso se volvían críticos, porque no entendían nada.

Hoy en día, hay hermanos que se regocijan en la luz de algunos predicadores, incluso disfrutan de los destellos que fluyen a través de internet, pero no se congregan, no se comprometen, no buscan por sí mismos ni pasan tiempo en la presencia del Señor. Por eso terminan creyendo que tienen luz, pero esa luz es superficial, y solo se vuelven críticos debido al conocimiento ajeno.

Somos hijos de la luz y debemos reflejar esa gracia en nuestras vidas; ese debe ser nuestro compromiso. El problema es que fluctuamos, y si no nos nutrimos con la luz del Padre, nos iremos apagando poco a poco. No debemos utilizar métodos artificiales, no debemos vivir de la luz de otros, y mucho menos pensar que podemos reflejarla como propia. Debemos ser íntegros y genuinos, debemos invertir tiempo para estar ante la gloriosa Luz del Padre. Entonces, y solo entonces, llegaremos a resplandecer de manera natural como verdaderos luminares en el mundo (**Filipenses 2:15**).

“¿Quién hay entre vosotros que teme a Dios, y oye la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Dios, y apóyese en su Dios”.

Isaías 50:10



Capítulo cinco

EL PADRE NUESTRO

Ustedes deben orar así:

“Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.”

Mateo 6:9 y 10

Los oponentes religiosos de Jesús comprendieron la radicalidad de que Él se llamara a Sí mismo Hijo de Dios. De hecho, cuando Jesús se refirió a Dios como Su Padre, quisieron apedrearlo por blasfemia (**Juan 5:18**). Esto tiene mucha lógica desde el punto de vista judío, porque no veían a Jesús como el Mesías, y en esos días, ningún hombre se consideraba hijo de Dios.

El diseño del Reino es glorioso, porque la encarnación de Cristo trajo la esencia divina a los hombres. Su obra en la cruz y Su ascensión llevaron a los hombres a la presencia del Padre. Jesús dijo: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”* (Juan 14:6). Nos concedió el acceso al Padre en Su propio ser. El Nuevo Pacto no es un pacto que nosotros debemos hacer con Dios, sino un Pacto

que el Hijo hizo con el Padre, y que nosotros, por vivir en el Hijo, tenemos acceso a dicho Pacto.

Ahora bien, el Nuevo Pacto no solo nos otorgó justificación, santificación y redención, permitiéndonos el acceso seguro al Padre, sino que también nos dio dones, talentos, capacidades, virtudes y derechos que solo eran de Cristo, pero que nuestra vida en Él nos ha permitido obtener.

Nosotros somos en Él, por lo tanto, recibimos Su sangre y vivimos en Su cuerpo; tenemos Su Espíritu y estamos posicionados en Él. Así como Él es heredero, nosotros también somos herederos; así como Él es Rey, nosotros también somos reyes; así como Él es Sacerdote, nosotros también somos sacerdotes; así como Él es Hijo, nosotros también somos hijos, y lo seremos eternamente.

Esto no podían entenderlo los judíos. Ellos esperaban a un Mesías que liberara a la nación de la opresión romana y posicionara nuevamente a Israel como una gran nación. No imaginaban que Él vendría para redimir a la humanidad, restaurando el propósito primario establecido en Adán. Lo que no pudo lograr el viejo hombre, lo hará el Nuevo Hombre, y toda la creación latirá bajo el gobierno del Padre.

La gracia de acceder a este maravilloso Pacto no es algo que podamos decidir nosotros, sino que es el resultado de la soberanía del Padre. Al Nuevo Pacto se entra por regeneración, y esto es algo que no podemos determinar nosotros. Esto es doblemente glorioso, porque Él nos dio

vida, aun cuando estábamos muertos en delitos y pecados (**Efesios 2:5**). Esa vida es el Hijo, en quien vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**).

Este diseño corporativo no está fundamentado en una congregación evangélica, sino en un cuerpo glorioso. No se trata de simples creyentes que decidieron buscar a Dios, sino de renacidos que fueron escogidos soberanamente, para que, a través de la nueva vida espiritual, podamos expresar al Nuevo Hombre, que es el Hijo de Dios.

Por eso Jesús enseñó a Sus discípulos, y a través de ellos a nosotros, que debíamos orar al Padre en Su nombre. Al mencionar al Padre, debemos decir “*Padre nuestro*”, no “*Padre mío*”, porque Dios es el Padre del Nuevo Hombre, compuesto por todos los renacidos del mundo, bautizados en Cristo. No me refiero solo al bautismo en agua, sino al bautismo en Su muerte, en Su cuerpo y en Su Espíritu.

La expresión “*Padre nuestro*” también revela el histórico pecado de la Iglesia: la falta de unidad verdadera. Esta expresión debería generar en nosotros un profundo sentido de unidad, revelando el diseño del Pacto en Cristo. Debería posicionarnos para funcionar en nuestros derechos como hijos, no como simples evangélicos practicantes de una religión. El Reino solo puede manifestarse con una mentalidad de hijos entronados en unidad.

La unidad de la Iglesia debería comenzar, en primera instancia, con la revelación del Señorío del Dios que nos dejó

las Escrituras como referencia de Su voluntad. La unidad de la Iglesia es un diseño divino, no una determinación humana de buena voluntad. La unidad es respeto y verdadera adoración; las excusas y la intolerancia, en cambio, son puro humanismo enraizado en el orgullo religioso.

Solo hay un Padre nuestro, y la dinámica interior de la Iglesia debería reflejar esta realidad, adorando en unidad. Ciertamente, quien ha determinado la unidad de la Iglesia es el Padre, el mismo al que decimos adorar. Esto podría parecer un juego de palabras, pero no lo es, porque la esencia de la adoración no son las canciones, sino la obediencia.

Cuando hablo de unidad, no me refiero simplemente a que todos estemos juntos en un salón celebrando reuniones, ni tampoco a que los líderes estemos en contacto permanente. Me refiero a que dejemos de atacarnos con críticas públicas, que abandonemos la visión de vernos como competidores, y que desterremos las actitudes altivas y casi violentas hacia todo lo que sea diferente a nuestra perspectiva.

El hecho de que hablemos diferentes idiomas, cantemos diferentes tipos de canciones y nos expresemos en diversos contextos culturales no significa que la Iglesia no sea una sola o que no pueda convivir en perfecta unidad espiritual.

Dos pasajes bíblicos claves sobre este tema son **Efesios 4** y **1 Corintios 12**. En el primero, Pablo argumenta que Dios llama a hermanos maduros para ocupar diferentes

cargos ministeriales en la Iglesia. Comprender la responsabilidad de servicio y las diversas funciones de esos oficios es crucial para una buena gestión y un sano crecimiento, forjado en verdadera unidad espiritual.

En **1 Corintios 12**, Pablo destaca las diversidades de dones, talentos y capacidades, advirtiendo claramente que no debemos decirle a nuestros hermanos: *“No te necesito”*. La sobrevaloración o el desprecio de cualquier diferencia creada por el Señor mismo evidencian orgullo y una falta de respeto a Su posición de Padre.

Tras la gran reforma del siglo XV, la unidad de la Iglesia protestante se concibió teológicamente en el contexto de las diferentes denominaciones que surgieron. Por eso siempre insisto en que debemos tener cuidado. Los reformadores fueron muy valiosos y necesarios, pero no vieron todo lo que había que reformar. A la luz de la Palabra, percibieron la necesidad de ciertos cambios fundamentales, aunque muchos de ellos tuvieron serias divergencias.

Los presbiterianos estaban unidos por una tradición teológica común; los luteranos, por un enfoque compartido de las Escrituras; los anglicanos, por una tradición litúrgica que los caracterizaba; los metodistas, por una práctica común de sus métodos. Lo mismo ocurrió con los bautistas y todas las subdenominaciones que surgieron de las anteriores.

El problema evidente de la proliferación de denominaciones son las divisiones, y diferencias que a

menudo resultan profundas. Esta gran variedad de denominaciones en cualquier contexto dificulta discernir la verdadera unidad de la Iglesia. La pluralidad de denominaciones ha generado la percepción de que el evangelio mismo está pluralizado, pero eso no es cierto.

"Si tan solo pudiéramos ir más allá del denominacionalismo" es el lamento de muchos evangélicos hoy. Esto ha llevado a algunos a hacer campaña por una Iglesia posdenominacional, viendo en las denominaciones la causa de las divisiones profundas presentes en la Iglesia. Sin embargo, culpar a la construcción original de las denominaciones protestantes es ir demasiado lejos. Históricamente, estas denominaciones no funcionaron como un medio para fomentar la independencia o la división, sino como formas concretas de proteger a la Iglesia de las tradiciones religiosas de la época, así como de contrarrestar las influencias del catolicismo romano y las exigencias de las monarquías europeas.

Las denominaciones también fueron, en su origen, un medio para proteger la disidencia y, al mismo tiempo, permanecer leales al proyecto social más amplio de las democracias liberales. Excepto en raras excepciones, las denominaciones nunca se vieron a sí mismas como la única Iglesia verdadera, sino como ramas de la única Iglesia, expresadas con cierta diversidad, pero felizmente alejadas del control de las autoridades gobernantes. De todas maneras, lo que pudo haber sido bueno o necesario, no necesariamente debe permanecer.

Los hijos de Dios estamos llamados a la unidad espiritual, con la intención de obedecer y adorar a nuestro Padre (**Hebreos 10:24 y 25**) y, asimismo, a hacer discípulos de todas las naciones (**Mateo 28:18 al 20**). No existen requisitos para un único sistema de expresión. La verdadera unidad debe nacer de la revelación de que compartimos el mismo Padre, la misma sangre, el mismo cuerpo, el mismo Espíritu, la misma fe y la misma esperanza (**Efesios 4:4 al 6**), y no de la necesidad de expresarnos de manera uniforme en todo.

No hay una sola denominación que se pueda considerar como la verdadera Iglesia de Dios. En su lugar, la Palabra de Dios es única y debería servirnos como autoridad para desarrollar iglesias locales que honren a Dios y hagan discípulos. Lo que debemos cuidar es cómo interpretamos las Escrituras y la humildad necesaria para intercambiar opiniones sin llegar a creer que poseemos la única interpretación correcta.

Por otro lado, la expresión *“Padre nuestro”* también debe ser entendida como una invitación a una relación íntima con nuestro Padre. Sin duda, este fue un concepto extraño para la cultura del primer siglo, pero hoy en día es algo asumido y común para nosotros. Orar a Dios como nuestro Padre es algo que damos por sentado, pero, tristemente, creo que con el tiempo las palabras pierden peso en nuestra consciencia, y terminamos por no apreciar la verdadera magnitud de lo que significa dirigirnos a Dios como nuestro Padre.

Reitero esto: Nos equivocamos considerablemente si pensamos que la intimidad con el Padre es algo elevado, accesible solo a unos pocos privilegiados. No se trata de una profundidad espiritual inalcanzable ni de algo que solo se puede alcanzar a través de ejercicios místicos. Tampoco se trata de un conocimiento oculto que va más allá de lo revelado en las Escrituras. Esa idea está en el centro de la herejía gnóstica, promovida por aquellos que desean parecer “super ministros”. Nada de esto tiene que ver con el verdadero cristianismo del Nuevo Pacto.

De hecho, el apóstol Pablo escribió: ***“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo”*** (Filipenses 3:8). Esto significa que lograr una profunda intimidad con Dios no depende de adquirir muchas cosas, sino de perder lo que creemos tener. No se trata de obras, liturgias, disciplinas espirituales ni de conocimientos extraordinarios. Solo se trata de un corazón dispuesto y de un alma desnuda, capaz de presentarse con todas sus miserias, pero con toda la verdad.

“Y al orar, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”.

Mateo 6:7 y 8

No existen palabras mágicas para activar una profunda intimidad con el Padre; no hay fórmulas, solo una actitud sincera, abierta y, a veces, dolorosamente real. Digo dolorosamente, porque contemplar nuestras miserias ante un Padre Santo y Justo es doloroso, pero ese es nuestro acceso, ya que Él no admite ningún tipo de hipocresía religiosa, como aquella hoja de higuera que Adán utilizó para cubrirse.

Las oraciones rimbombantes, las expresiones exageradas y carentes de revelación no sirven de nada. Dios no trata con palabras; Él mira nuestro corazón y escucha nuestro latido, no nuestros dichos. Por eso, no sirve repetir mecánicamente la misma oración todos los días. Nuestro Padre ya sabe lo que le vamos a pedir, o lo que verdaderamente necesitamos, y no requiere ser convencido para hacer lo que debe hacer y como sabe que es mejor.

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”.

Mateo 6:5 y 6

Como fariseo, Pablo intentaba ganarse el favor de Dios mediante la obediencia a la Ley. Sin embargo, se dio cuenta de que la Ley establecía un estándar que nunca podría cumplir. Por ello, desechó todas sus obras de justicia personal

como trapos de inmundicia (**Isaías 64:6**). Esto no significa que dejó de hacer buenas obras, por supuesto, pero renunció a confiar en ellas para su salvación. En cambio, depositó toda su fe en la justicia de Cristo y no en la suya propia.

La Escritura enseña que nuestros pecados fueron imputados a Cristo, quien pagó la pena completa por ellos con Su muerte. Ahora, la justicia de Cristo nos es imputada, y recibimos todo el mérito de la misma. Sin esta realidad, no podríamos disfrutar de ningún tipo de relación con nuestro Padre, que es Santo. Entiendo que muchos pueden relacionarse fácilmente con Jesús, pero prefieren no pensar que están ante el Padre; sin embargo, no debería ser así. Justamente, nuestra fe en Jesús es lo que nos permite acercarnos al Padre con confianza (**Hebreos 4:16**).

Esa maravillosa intimidad con el Padre nos asegura conocer un poco más de Él cada día, y Su profundo conocimiento de nosotros confirma Su compromiso con nuestras necesidades. Las bendiciones del Pacto en el que estamos incluidos nos dan la certeza de Su atención exclusiva. No tenemos que pedir una audiencia para estar con Dios; Él está más allá de nuestras percepciones físicas. Y lo maravilloso es que no solo está presente, sino que está atento a los detalles más insignificantes de nuestras vidas.

Si lográramos comprender lo que significa que Dios tenga contados nuestros cabellos (**Lucas 12:7**), que conozca nuestro acostar, nuestro levantar y las palabras antes de que salgan de nuestra boca (**Salmo 139:1 al 3**), o que escudriñe

nuestra mente y nuestro corazón más allá de lo que nosotros mismos sabemos (**Jeremías 17:10**), entonces comprenderíamos lo que realmente implica Su amor de Padre.

Cuando estamos en Su presencia, Él no está preocupado por los acontecimientos que ocurren en otro lugar del mundo; simplemente está con nosotros. Aunque podríamos pensar que hay cosas más importantes sucediendo, Él está enfocado en nosotros con la misma intensidad que en cualquier otra situación en el mundo.

David, quien alabó muchas veces la gloria de la omnipresencia de Dios en los salmos, expresa poéticamente esta doctrina al decir: *“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra...”* (Salmo 139:7-10).

Nuestro Padre es omnisciente, lo que significa que tiene todo conocimiento y conocimiento de todo. Este es un atributo que solo puede aplicarse apropiadamente a Él como ser infinito y eterno. El conocimiento de una criatura finita siempre estará limitado, pero Dios, siendo Eterno, es capaz de ser consciente de todas las cosas, entender todas las cosas y comprender todas las cosas.

Dios nunca aprende nada ni adquiere nuevos conocimientos. El futuro, el pasado y el presente le son completamente revelados. Nada puede sorprenderlo. Su conocimiento trasciende infinitamente el nuestro, pero, a través de Su extraordinaria gracia, nos imparte Su sabiduría, permitiéndonos, como nuestro Padre, comprender algunos misterios del Reino.

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.”

Isaías 55:8 y 9

El conocimiento superior de Dios le permite contener misterios que nos deslumbran, pero nada se compara con Su Persona. El apóstol Pablo, habiendo visitado el tercer cielo y recibido muchas revelaciones, afirmó: ***“Ahora conocemos a Dios de manera no muy clara, como cuando vemos nuestra imagen reflejada en un espejo a oscuras. Pero, cuando todo sea perfecto, veremos a Dios cara a cara”*** (1 Corintios 13:12 VLS).

La omnisciencia de nuestro Padre proviene también de Su omnipotencia. Él no conoce todas las cosas simplemente porque ha aplicado un intelecto superior al estudio diligente del universo y de todo lo que contiene. En realidad, Dios conoce todo porque Él es el Creador y todo existe por Su soberana voluntad.

Como Creador del universo, nuestro Padre sustenta y controla absolutamente todo, lo que requiere que lo conozca todo. Algunos teólogos han intentado separar estos dos atributos, pero es imposible que Dios conociera todo sin controlarlo, y de igual manera, sería imposible que lo controlara todo sin conocerlo todo. Todos los atributos de nuestro Padre son interdependientes, partes necesarias de un todo. Por ello, podemos vivir con la paz que nos brinda el respaldo divino de nuestro amoroso y poderoso Padre.

La omnipotencia significa que Él tiene poder absoluto sobre Su creación y que ninguna parte de ella está fuera de Su control soberano. Su poder no está limitado por ninguna restricción finita; nada ni nadie puede limitar Su poder. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, parece que hay situaciones en las que Dios no interviene directamente. No obstante, ya sea generando o permitiendo, todo está bajo Su voluntad, y Él siempre sabe lo que es mejor en cada caso.

Job comprendió profundamente este asunto cuando dijo: ***“Yo sé que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti”*** (Job 42:2). Como hijos de Dios, la omnipotencia de nuestro Padre es una inmensa fuente de consuelo en todo momento. Sabemos que el mismo poder que Dios desplegó al crear el universo está a nuestra disposición, garantizándonos Su efectiva y constante participación.

Desde el principio, Dios ha demostrado Su soberanía. Cada relato bíblico es testimonio de Su control soberano y Su interacción con la humanidad. Incluso el nacimiento, la vida,

la muerte y la resurrección de Jesucristo dejan claro Su soberanía y control absoluto sobre todo. Tan real es esta verdad que, si una sola partícula de tierra en este planeta pudiera moverse sin Su aprobación o permiso, Dios no sería Dios.

Sabemos que ninguna parte de la creación puede frustrar Sus planes para el futuro. No hay moléculas errantes en el universo que puedan alterar Sus propósitos. Aunque los poderes y las fuerzas de este mundo amenacen con destruirlos, no tenemos por qué temer. Podemos descansar confiados en el conocimiento de que nada puede superar el poder de nuestro Padre, y que todo se cumplirá tal como Él lo ha determinado.

“Como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos”.

Efesios 4:4 al 6



Capítulo siete

EN LOS NEGOCIOS DEL PADRE

“Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”

Lucas 2:49

“En los negocios de mi Padre...” es una frase que Jesús expresó en respuesta a su madre María y a su padre terrenal, José, después de que lo encontraron en el templo, sentado entre los maestros y doctores de la Ley, quienes trataban de responder algunas preguntas que Él les planteaba. Preguntas que por otra parte, me encantaría saber cuáles fueron.

Según el Evangelio de **Lucas 2:43 al 45**, María y José estaban regresando a casa cuando se dieron cuenta de que Jesús no estaba con ellos. Al no encontrarlo, se alarmaron y volvieron a Jerusalén para buscarlo por los lugares donde habían estado anteriormente.

Jesús tenía apenas doce años y no era un niño desobediente ni travieso, ya que tal comportamiento lo habría convertido en pecador. Sin embargo, ese día tan particular se separó de sus padres, explicando que le era necesario estar en los negocios del Padre. Por supuesto, no se refería a la carpintería, sino al Reino de Dios. Es por eso que sus padres terrenales no entendieron lo que Él quiso decir (**Lucas 2:50**).

Los maestros y doctores de la Ley estaban asombrados por la inteligencia y el conocimiento con que Jesús dialogaba. Es cierto que los niños judíos eran instruidos en las Escrituras y que, a esa edad, comenzaban a participar en los ritos judaicos. Sin embargo, no era común que un niño comprendiera las Escrituras con tanta claridad ni que mantuviera diálogos tan profundos. A esa edad, no cualquiera hablaba con los doctores de la Ley; sin embargo, Jesús ya había comprendido que el propósito de su Padre celestial estaba enfocado en el Reino.

La religión ha empañado esta visión de que el Reino es el gran negocio del Padre. Personalmente, creo que esto ha causado un gran daño a los hijos de Dios, ya que, en lugar de capacitarnos adecuadamente para ejercer nuestras responsabilidades en el Reino, hemos invertido demasiado tiempo en alcanzar una condición y una posición que solo son otorgadas por gracia.

Durante años hemos padecido un liderazgo centrado en convertirnos en personas “buenas”, que se comportan correctamente y que dedican su tiempo a actividades de culto,

esperando morir en buenas condiciones espirituales o preparándonos para la piadosa venida del Señor. Aunque es cierto que debemos vivir en santidad y estar listos para su venida, hemos cometido un error al invertir tanto tiempo tratando de producir algo que ya hemos recibido y que solo debemos cuidar.

Si como hijos de Dios cultivamos una esperanza, no debería ser la de vivir en una casita sobre las nubes, sino la de trabajar exitosamente en los negocios de nuestro Padre. Jesús, quien es nuestro ejemplo, no perdió tiempo tratando de abrir una cadena comercial en Jerusalén ni se apresuró en regresar a la gloria celestial. Él se dedicaba diariamente a contribuir en la administración de los negocios del Padre.

Jesús sabía que los sistemas del Reino estaban revelados en las Escrituras, y por eso investigaba la información con los doctores. No estaba compartiéndoles sus problemas personales ni solicitando una cita de consejería para tomar decisiones futuras. No digo que esté mal hacerlo hoy en día, pero lo que sí está mal es pasar años tratando de resolver nuestros conflictos internos en lugar de enfocarnos en los negocios del Padre.

Si vamos a solicitar ministración, debería ser para funcionar eficientemente en el propósito divino, no solo para lograr bienestar personal, familiar o financiero. Nuestra búsqueda debería centrarse en conocer más a nuestro Padre, de manera que en Él, hallemos la revelación de quiénes somos. Estoy convencido de que a Jesús se le reveló que era

el Cristo, y esa revelación lo llevó a involucrarse por completo en los negocios del Reino.

Si Jesús hubiera recibido un trato diferenciado, en el cual el Padre le hubiera revelado todo el plan de una vez y le hubiera provisto sobrenaturalmente de toda capacidad, no habría tenido la necesidad de ser perfeccionado a través de ninguna experiencia. Sin embargo, el autor de la epístola a los Hebreos escribió: *“Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que obedecen”* (Hebreos 5:7 al 9).

Cuando estábamos en tinieblas, no podíamos ver mucho en nosotros mismos. De hecho, la mayoría solo llegamos a descubrir nuestras deficiencias. Sin embargo, al recibir la vida de Cristo, nuestros ojos se abrieron poco a poco, y comprendimos que, como hijos de Dios, podemos ser ministros competentes de un Pacto glorioso (**2 Corintios 3:6**).

La revelación a través de la Palabra y los procesos de la vida bajo la operación del Espíritu Santo nos permiten ir descubriendo nuestros dones, talentos, capacidades y virtudes que resultan de la vida en Cristo. Esto no solo nos capacita y nos activa, sino que también nos posiciona como hijos para gestionar todo propósito divino.

Es triste ver que algunos hijos de Dios viven como mendigos, aunque la Biblia dice que somos reyes y herederos. Muchos otros asisten a las reuniones, pero se comportan como víctimas de la vida: siempre están pidiendo algo, reclamando algo o persiguiendo algo. No logran comprender lo que significa tener plenitud en Cristo, integridad espiritual y propósito.

“Y como somos sus hijos, tenemos derecho a todo lo bueno que él ha preparado para nosotros. Todo eso lo compartiremos con Cristo. Y si de alguna manera sufrimos como él sufrió, seguramente también compartiremos con él la honra que recibirá”.

Romanos 8:17

Yo disfrutaba mucho estar con mi padre biológico, y aunque él no hablaba mucho, me transmitía una gran seguridad. De hecho, siendo muy joven, emprendí un negocio gastronómico como los que tenía mi padre. Luego, la gracia de la vida en Cristo me alcanzó, y pasé a un disfrute mucho mayor, porque conocí una seguridad más profunda y un propósito con proyección eterna. Por eso dejé los negocios de mi padre terrenal para dedicarme de lleno a los negocios de mi Padre celestial.

Hoy, puedo asegurar por experiencia propia que no hay nada más glorioso que los negocios del Padre celestial. Es cierto que durante el aprendizaje y el servicio debemos enfrentar muchas dificultades, pero si evitamos la necesidad y

el orgullo, todas ellas forman parte de los grandes negocios del Padre, y bien valen la pena.

Como hijos de Dios, debemos entender que el Padre no tiene negocios de riesgo, en los cuales exista la posibilidad de pérdida. Nuestro Padre no necesita hacer estudios de mercado para expandir Su Reino. Sus negocios simplemente funcionan, y nosotros somos llamados a participar de sus ganancias.

La Biblia nos revela que, antes del nacimiento de Jesús, durante los días de Su carne y en los inicios de la Iglesia, tenemos decenas y decenas de historias que certifican los resultados de los negocios del Reino. Ciertamente, los diseños del Padre nos hacen correr con ventaja, pero esa es la gracia. Puede parecer injusta para muchos, pero para nosotros es simplemente la gran oportunidad. No requiere mayor análisis.

Cuando un hijo nace de un padre millonario, no debería pasar años en terapia para asimilar su posición y privilegios. Tampoco debería esforzarse por producir con sus propias fuerzas lo que le fue otorgado por herencia. Simplemente debería disfrutar el privilegio de la gracia, procurando ser excelente en todo. De hecho, aquellos que nacen con privilegios materiales deberían ser las mejores personas del mundo, porque nacieron con todos los beneficios. Lamentablemente, el pecado impide que eso suceda; las tinieblas generan lo contrario. Y eso es lógico en ellos, pero entre nosotros no debería ser así.

Los hijos de Dios contamos con la vida eterna y sabemos cómo acceder a ella. En un mundo que está muriendo, conocer y tener la vida eterna es el mayor de los negocios. Durante la pandemia de COVID-19, los laboratorios que fabricaron la vacuna ganaron miles de millones, ya que supuestamente tenían el antídoto contra la muerte. La vida en Cristo debería ser vista por la Iglesia como el mayor de todos los negocios en esta tierra, y aunque cito este ejemplo, no estoy hablando de dinero.

No estoy sugiriendo la comercialización del evangelio, estoy hablando de negocios, es decir de hacer algo o intercambiar algo en favor de ganancias, no de hacer algo para beneficios financieros. Estoy hablando del interés que la gente pueda llegar a tener por un producto divino.

En un sistema sumergido en las tinieblas, tener luz es un gran negocio. Imaginemos lo que ocurriría si de manera real no funcionaran ningunos de los sistemas eléctricos. ¿No sería un buen negocio que alguien apareciera con un sistema capaz de producir luz? Bueno, cuanto más si esa luz de la que hablamos es la Luz de la vida, capaz de alcanzar los corazones y las mentes entenebrecidas por el mal.

Si en un sistema que padece hambre, apareciera un producto llamado el Pan de vida, con el cual pueden ser alimentados todos de manera diferente y total ¿No sería un buen negocio? Si en un mundo donde hay muchos enfermos, tuviéramos una posibilidad de sanidad; o si para los oprimidos por el diablo, tuviéramos una posible liberación

¿No tendríamos un buen negocio? Bueno, quiero decirles que tenemos todo eso.

Así es el Reino, si nosotros como hijos hubiéramos entendido los negocios del Padre, no tendríamos que andar convenciendo a la gente de que venga a nuestras reuniones. Jesús comprendió eso, y las multitudes le seguían a todo lugar al que iba. Incluso los que entraron directamente a la gracia del Nuevo Pacto, murieron sin dudarle con tal de ser parte del Reino eterno.

El negocio del Padre no es de este mundo, por eso nadie puede verlo por sí mismo, pero esa es nuestra intervención, no porque podamos mostrar los productos de manera voluntariosa, pero si podemos hacerlo de manera efectiva, si es que nos sujetamos en dependencia al Espíritu Santo, porque en tal caso, Él hará sus maravillas para que el Reino sea expandido hasta lo último de la tierra.

Eso es lo que implica la revelación de los misterios del Reino, que son los negocios del Padre. Implica nuestra consagración, nuestra devoción, nuestra búsqueda, nuestra comunión verdadera y profunda, nuestro enfoque, nuestro renunciamiento a los deseos personales que nada tengan que ver con el Reino; significa la cruz diaria, pero también el poder de la resurrección.

Los negocios del Padre lo valen todo, pero también nos otorgan todo. No hay mayor deleite que trabajar junto al Padre. Muchos pretenden andar en sus propios negocios y

ciertamente el Padre no se opone a eso, pero Su llamado es a meternos en Sus negocios, que al final son los únicos que pueden enriquecer nuestra herencia eterna.

Es como si un hijo de Elon Musk quisiera independizarse para poner un kiosco, seguramente su padre lo llamaría a ser parte de sus negocios y le aconsejaría meterse de pleno en alguna de sus empresas, pero si no acepta puede que termine vendiendo caramelos. No hay problema con eso, pero sería considerado como un acto bastante necio, realizado además, por alguien ignorante ¿O no?

Los negocios del Padre no persiguen el éxito financiero, pero las recompensas eternas son mucho más trascendentes y valiosas. Jesús nos dejó en claro con su ejemplo de vida, que vale la pena invertir todo en los negocios del Padre. Es por esto que dijo: ***“No bajé del cielo para hacer lo que yo quiera, sino para obedecer a Dios mi Padre, pues él fue quien me envió”*** (Juan 6:38 TLA). ***“Ustedes saben que el grano de trigo no produce nada, a menos que caiga en la tierra y muera. Y si muere, da una cosecha abundante”*** (Juan 12:24 TLA).

Nosotros hoy, tenemos la gloriosa posibilidad de invertir nuestras vidas en el mejor de todos los negocios: “El Reino de Dios”. Esto implica, vivir bajo el gobierno del Padre, escuchando y ejecutando Su perfecta voluntad. Ciertamente no seremos infalibles al respecto, pero intentarlo cada día, es nuestra mejor inversión.

Tenemos un Padre extraordinario, quien siempre ha pretendido lo mejor para Su creación, y sobre todo para los seres humanos. El pecado nos alejó de Su amor y de Sus planes, pero Cristo nos permitió volver. Tal como el hijo pródigo que se fue de su padre y malgastó su herencia, así volvimos, arrepentidos, cansados, hambrientos, rotos por las circunstancias, pero con esperanza.

De pronto, nos encontramos como ese hijo pródigo, con un padre que corrió hasta él, que lo abrazó, que lo besó y que le hizo sentir su felicidad. Le extendió su gracia, al no tomar represalias por la despreciable actitud que había tenido, y no solo no le reprochó nada, sino que le puso un vestido nuevo, unas sandalias nuevas y le dio un anillo de autoridad, poniéndolo nuevamente en su lugar de hijo, y le ofreció un becerro gordo para celebrar Su regreso (**Lucas 15:11 al 32**).

Nosotros también nos equivocamos. Algunos más que otros, padecemos la hostilidad de las tinieblas y el sabor amargo de la soledad, pero el Padre nos ha recibido con todo Su amor. Hoy estamos en perfecta comunión con Él por causa de Cristo. Estamos envueltos en Su cobertura, protegidos por Su poder, autorizados para participar de Sus negocios, y beneficiado por las riquezas del Nuevo Pacto. ¿Qué más podemos pedir?

Es cierto que, en la Biblia, el Padre se presenta como el Dios temible, inaccesible, implacable, y en algunos casos, ciertamente iracundo, pero cuando observamos las injusticias

humanas, comprendemos Sus motivos. Él siempre ha sido Santo, Santo, Santo, y jamás negociará Su esencia, en nada ni por nada. Sin embargo, y a pesar de que no lo merecíamos, hizo todo para restaurarnos en la persona de Jesucristo.

Hoy, a través de Cristo, podemos disfrutar de Su presencia y de Su amor. Ahora comprendemos que, en realidad, Él ha sido paciente, tolerante, misericordioso y lleno de gracia, porque tendría que haber destruido a toda la humanidad. Pero no solo no lo hizo, sino que diseñó y ejecutó la posibilidad de nuestra redención.

Esto no solo lo hizo por nosotros, sino que sigue mostrando extrema paciencia para con todo el mundo, porque día tras día está anunciando, a través de Su Iglesia, las buenas nuevas del Reino. Ciertamente, esta oportunidad tiene sus días contados, y Sus justos juicios caerán pesadamente sobre los rebeldes que no cesan de despreciar Su amor.

Solo espero que, como hijos, seamos capaces de honrarlo y respetarlo como Él se merece, aprovechando bien el tiempo y las oportunidades que nos da la vida para manifestar nuestro amor y compromiso. ¡Que nuestro Padre pueda hacer Su voluntad y consumir Su propósito aquí en la tierra como en el cielo!

“A nuestro Dios y Padre sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

Filipenses 4:20

RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

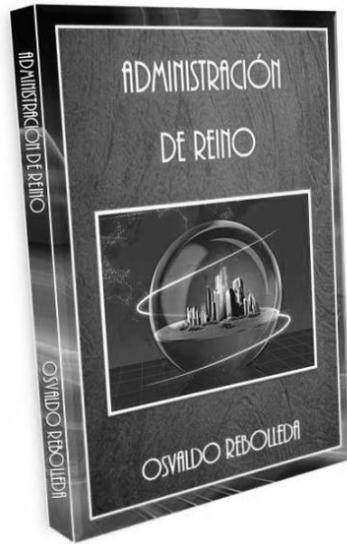
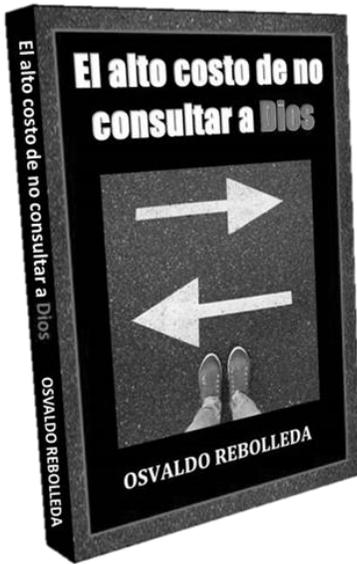
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

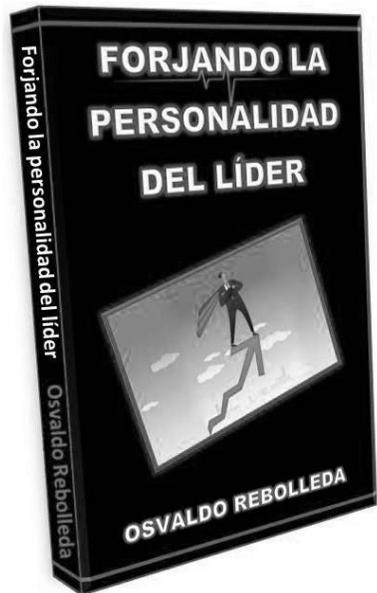
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



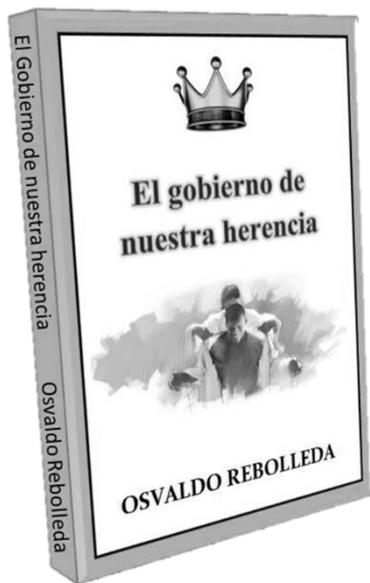
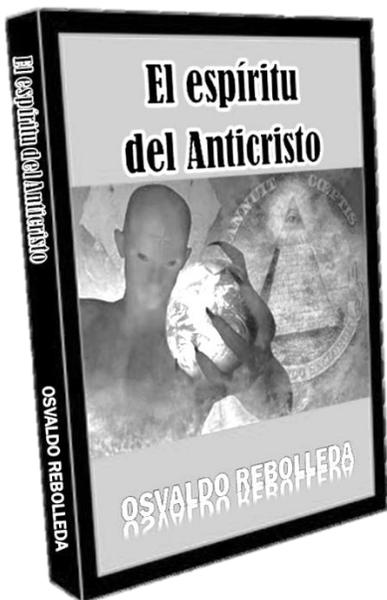
www.osvaldorebolleda.com



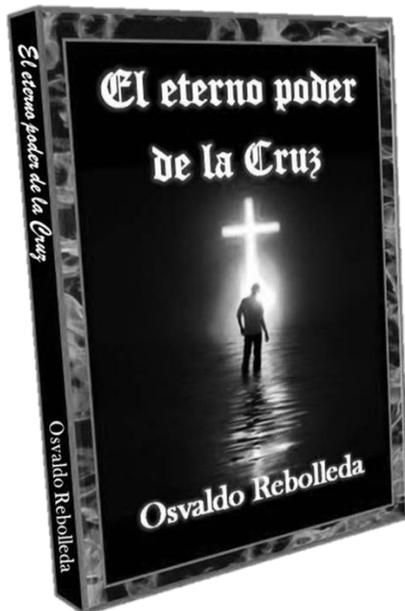
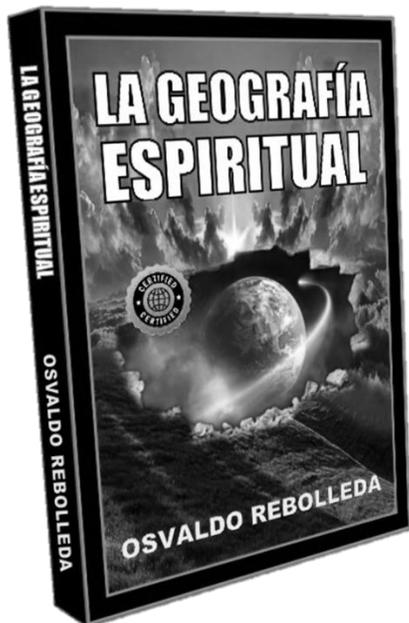


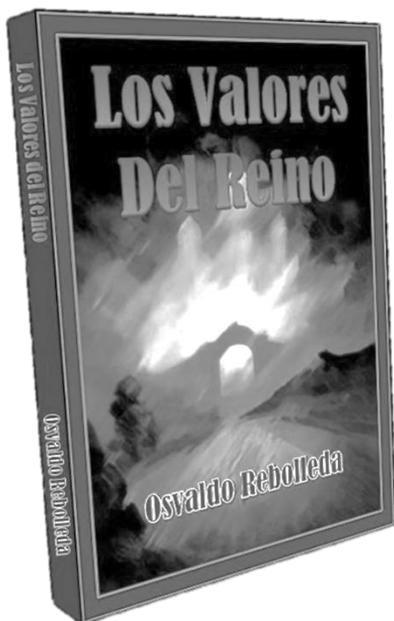
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

